
EL JUDEOCRISTIANISMO Y EL CONCILIO DE JERUSALÉN

LOS JUDEOCRISTIANOS

Los judeocristianos, también llamados cristianos hebreos o cristianos judíos, fueron los miembros originales del movimiento judío que más tarde se convirtió en el cristianismo. En la etapa más temprana de la comunidad estaba formada por todos los judíos que aceptaron a Jesús como una persona venerable o incluso el Mesías. La comunidad cristiana primitiva se caracteriza por la combinación de la confesión de Jesús como Cristo con la continua adhesión a las tradiciones judías como la observancia del sábado, la observancia del calendario judío, la observancia de las leyes y costumbres judías, la circuncisión y la asistencia a la sinagoga, así como por una relación genética directa a los primeros cristianos judíos.

El término «judeocristiano» aparece en los textos históricos que contrastan a los cristianos de origen judío con los cristianos gentiles, tanto en la discusión de la iglesia en el Nuevo Testamento y en los siglos II y siguientes. También es un término usado para los judíos que se convirtieron al cristianismo, pero que mantuvieron su herencia y tradiciones judías.

Alister McGrath afirma que muchos de los «cristianos judíos» del siglo I eran totalmente fieles judíos religiosos. Se diferenciaban de otros judíos contemporáneos sólo en su aceptación de Jesús como el Mesías. Al mismo tiempo, sin embargo, el apóstol Pablo estaba enseñando en contra de la dependencia de las prácticas judías, y en particular respecto a los requisitos para la circuncisión (1 Corintios 7,18-24, Filipenses 3,2-9).

Como quiera que el cristianismo crecía en todo el mundo gentil, los cristianos se separaron de sus raíces judías y de Jerusalén. El cristianismo judío, inicialmente fortalecido a pesar de la persecución por parte de funcionarios del Templo de Jerusalén, cayó en declive durante las guerras judeo-romanas (66-135) y el creciente antijudaísmo, quizás mejor personificado por Marción (c. 150).

Con la persecución por parte de los cristianos ortodoxos de la época del emperador romano Constantino en el siglo IV, los cristianos judíos buscaron refugio fuera de las fronteras del Imperio, en Arabia y más lejos. Dentro del Imperio y más tarde en otros lugares que fueron dominados por el cristianismo de los gentiles que se convirtió en la iglesia estatal del Imperio romano y que tomó el control de los sitios de la Tierra Santa, como la Iglesia del Santo Sepulcro y el Cenáculo, y nombró a los posteriores obispos de Jerusalén. [Fuente: [Wikipedia](#)]

«Los judeocristianos descendían de la comunidad de Jerusalén; en los años 60-70 emigraron a *Pella*, ante el cerco de la ciudad por los romanos, quedando marginados de la evolución de la gran Iglesia y divididos en dos sectas: la de los ebionitas y la de los nazarenos. Ambas son de una importancia excepcional pues Mahoma conoció con casi total probabilidad la doctrina de los primeros, que no reconocía la divinidad de Cristo ni el sufrimiento real de Jesús». [Blázquez, 1990: 40]

EL JUDEOCRISTIANISMO – EBIONITAS Y NAZARENOS

«Se han dado diferentes definiciones del judeo-cristianismo: cristianismo con algunos elementos del judaísmo; cristianos de origen judío que asociaban la observancia de la religión mosaica a las creencias y prácticas cristianas; el cristianismo que atribuye un valor permanente a la Ley judía; la creencia de que la salvación solo puede ser adquirida a través del judaísmo; los judíos convertidos al cristianismo.

En realidad es un movimiento muy complejo. Judeo-cristianos son los escritos pseudoclementinos, que circulaban bajo el nombre de Clemente Romano. Tal como han llegado son del siglo IV, pero remontan a fuentes mucho más antiguas. El judeo-cristianismo de los escritos pseudoclementinos era ebionita y se caracteriza por la condena del sacrificio. En Cristo se reconocía al profeta, a un mesías, pero no al Hijo de Dios.

Una segunda variedad del judeo-cristianismo lo constituían los llamados nazarenos, de los que Santiago era el jefe; serían los autores de la *Carta a los Hebreos*. Estos admitían la divinidad de Cristo. Este último grupo es difícil de precisar, pues el concepto de divinidad, tal como se entendió después, no existió en la comunidad de Jerusalén (nazarenos).

Se puede entender el judeo-cristianismo como una forma cristiana de pensamiento, que no implica un vínculo con la comunidad judía, pero que se expresa en esquemas mentales, propios del judaísmo. Esta definición abarca a las dos citadas categorías, a todos los judíos convertidos y a los fieles procedentes del paganismo.

Durante cierto tiempo coexistió con la Iglesia y pervivió desde los orígenes de la Iglesia, hasta mediados del siglo II, fecha en la se le conoció Justino.

La observancia sería fundamentalmente la recogida en el citado decreto apostólico. Los primitivos judeo-cristianos integraron la comunidad de Jerusalén, formada en torno a los Doce y después de alrededor de Santiago.

El judeo-cristianismo supuso una fosilización con respecto a la posterior evolución de la Iglesia. Otros judeo-cristianos fueron los ebonitas, que defendieron doctrinas diferentes de las ortodoxas de los primeros discípulos y del judaísmo oficial. El origen de esta secta se encuentra probablemente en el judaísmo disidente: la mezcla del grupo sectario judío con los cristianos, de la que nació el judeo-cristianismo ebionita, se debió de producir en Transjordania.

Hubo también sectas judeo-cristianas con ribetes gnósticos, que prueban un sincretismo entre elementos judíos, cristianos y gnósticos. En Oriente brotó un cristianismo sirio-palestino en lengua siria, aramea y griega. Predicó un mensaje semítico, en contacto con grupos judíos o judeocristianos y acusa la influencia de los rabinos y los esenios». [Blázquez, 1990: 50 ss.]

EL ORIGEN JUDÍO DEL CRISTIANISMO

De acuerdo con la narración de Hechos, después de la crucifixión, resurrección y ascensión de Jesús, los discípulos junto «con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos» se retiraron al «aposento alto» (tradicionalmente, el Cenáculo) en Jerusalén (Hechos 1,10-14). La predicación inicial era sólo a los judíos (Hechos 1-9). Jesús mismo dijo a sus seguidores que observaran las enseñanzas de los escribas y fariseos (Mateo 23,1-4), y que había venido a cumplir la ley y los profetas, no a abolirlos (Mateo 5,17-20).

Sin embargo, el apóstol Pablo argumentaría más adelante que la Ley no se aplicaba a los cristianos gentiles, a diferencia de los judíos (Gálatas 2,14), aunque la posición exacta de Pablo de Tarso y el judaísmo todavía se discute. Pablo, según Hechos 21,17-29 y 24,17-18, observaba las leyes judías de purificación en el Templo de Jerusalén. Pablo se afeitó la cabeza a causa de un voto que había tomado en Cencrea (Hechos 18,18), y se menciona que observó las festividades religiosas judías (Hechos 18,21, 20,6-16; 1 Corintios 16,8). Pablo escribió en Romanos 2:13 que los hacedores de la ley de Moisés o Torá se justificaban ante los ojos de Dios, no los que meramente la escuchaban. Jesucristo estaba celebrando la fiesta religiosa judía de la Pascua o la Fiesta de los panes sin levadura, cuando llevó a cabo la Última Cena con sus apóstoles (Mateo 26:17-35, Marcos 14,12-15, Lucas 22,14-23, Juan 13,1-38 y 1 Corintios 11,23-25).

Jacobo el Justo, hermano de Jesús, se convirtió en el líder de los judeocristianos y al mismo tiempo, en el líder de la iglesia madre de la cristiandad. Indudablemente tenía una importancia en el movimiento, e inclusive llegó a ser llamado «obispo de obispos, que gobierna Jerusalén, la Santa Asamblea de los Hebreos y todas las asambleas en todas partes».

Según la tradición cristiana, el centurión romano Cornelio es considerado el primer gentil convertido, como se registra en Hechos 10, quizás también un temeroso de Dios o prosélito, aunque el significado exacto de estos términos se disputa. La principal división antes de ese tiempo fue entre judíos helenísticos o de habla griega (Hechos 6) y judíos no helenísticos de habla aramea/hebreo (Hechos 1,19). La conversión y aceptación del gentil Cornelio se pueden describir en términos de la enseñanza judía, que muestra a los extranjeros que pasan a formar parte de la comunidad. Hechos no utiliza el término «cristianos judíos» para señalar a aquellas comunidades dirigidas por Jacobo el Justo, Simón Pedro y Juan el Apóstol, los «pilares de la Iglesia» (Gálatas 2,9); más bien fueron llamados seguidores de «El Camino» (Hechos

9,2; 18,25-26; 19,9-23; 24,14-22). Grupos posteriores, o tal vez el mismo grupo pero con diferentes nombres, fueron los ebionitas y los elcesaites.

Los términos «circuncidados» y «no circuncidados», que aparecen con frecuencia en el Nuevo Testamento, generalmente se interpretan en el sentido de judíos y griegos; sin embargo, es una simplificación excesiva de la situación de la Provincia de Judea del siglo I, pues también había algunos judíos que no estaban circuncidados (generalmente judíos helenizados que vivían en la diáspora), y algunos griegos (llamados prosélitos o judaizantes) y otros como egipcios, etíopes y los árabes que lo estaban. [Fuente: [Wikipedia](#)]

JUDEOCRISTIANISMO PRIMITIVO

La mayoría de los historiadores están de acuerdo en que Jesús o sus seguidores establecieron una nueva secta judía, una que atrajo tanto a los judíos como a los gentiles conversos. Según Bart D. Ehrman, en el siglo I existieron varios cristianismo primitivos, desde los cuales se desarrollaron varias tradiciones y denominaciones cristianas, incluida la protoortodoxia. Según James D. G. Dunn, se pueden discernir cuatro tipos de cristianismo primitivo: el judeocristianismo, el cristianismo helenístico, el cristianismo apocalíptico y el catolicismo temprano.

Esencialmente todos los primeros seguidores de Jesús fueron étnicamente judíos o judíos prosélitos. Jesús era judío, predicó al pueblo judío y llamó a sus primeros seguidores. Según McGrath, los cristianos judíos, como fieles judíos religiosos, "consideraban su movimiento como una afirmación de todos los aspectos del judaísmo contemporáneo, con la adición de una creencia adicional: que Jesús era el Mesías". [Fuente: [Wikipedia](#)]

LOS JUDEOCRISTIANOS DE JERUSALÉN

Se ha argumentado que esta secta cristiana judía (3000 +) estaba en peligro de desaparecer, ya que estaban siendo perseguidos. Los Hechos de los Apóstoles ilustran casos de persecución de los primeros cristianos por el Sanedrín, el tribunal religioso judío en la época (Hechos 4,1-22; 5,17-42; 6,8; 7,60, 22,30; 23,22); sin embargo, se discute la fiabilidad histórica de los Hechos. Pedro y Juan fueron encarcelados por los «líderes judíos» («los sacerdotes con el jefe de la guardia del templo y los saduceos») que estaban «resentidos de que enseñasen al pueblo, y anunciaran en Jesús la resurrección de entre los muertos». Los saduceos, en particular, rechazaron la doctrina farisea de la resurrección de los muertos (Hechos 4,1-21). Esteban fue juzgado por el Sanedrín (Corte Suprema judía) por blasfemia contra Moisés y Dios (Hechos 6,11-14) y fue apedreado hasta la muerte, bajo la mirada de Pablo de Tarso, antes de su conversión.

Un nuevo golpe a esta secta judía fue la muerte de su segundo jefe (su primer líder, el propio Jesús, había sido crucificado c. 30). Según Josefo, «el hermano de Jesús, quien fue llamado Cristo, cuyo nombre era Jacobo» encontró la muerte después de que falleciera el procurador Porcio Festo, antes de que Luceyo Albino entrara en funciones; de este modo, su muerte debió acaecer

en el año 62. El sumo sacerdote Hanan ben Hanan (Anani Ananus en latín) se aprovechó de esta falta de supervisión imperial para reunir al Sanedrín (aunque la traducción correcta del griego synhedrion kriton es «un consejo de jueces») que condenó a Jacobo «por el cargo de violar la ley», y luego lo habría ejecutado por lapidación. Josefo informa que el acto de Hanan fue ampliamente visto como poco más que un asesinato judicial y ofendió a una serie de «los que eran considerados los más ecuanímenes en la Ciudad, y estrictos en la observancia de la Ley», que fueron tan lejos como para organizar una reunión con Albino al entrar en la provincia con el fin de solicitar su decisión sobre el asunto.

Tres eventos afectarían grandemente el destino de los primeros cristianos judíos. El primero fue la conversión de Pablo en los años 30 (y la posible conversión de su maestro Gamaliel), el segundo fue el Concilio de Jerusalén (c. 50) y el tercero fue la destrucción del Segundo Templo en el año 70, que según Josefo fue uno de los eventos más significativos de la primera guerra judeo-romana. No obstante, de acuerdo con la Historia de la Iglesia de Eusebio, la línea de obispos judeocristianos de Jerusalén continuó hasta la revuelta de Bar Kojba (132-136), cuando Adriano cambió el nombre de la ciudad a Aelia Capitolina y prohibió la entrada a todos los judíos, excepto el día de Tisha b'Av. Después de eso, los obispos de Jerusalén eran griegos no circuncidados.

RASGOS TEOLÓGICOS DEL JUDEOCRISTIANISMO

En la comunidad de Jerusalén, vivían gentes que habían conocido directamente a Jesús. Los primeros discípulos de Jesús mantuvieron los recuerdos frescos del Maestro.

«Parece que esos primeros discípulos no veían nada en su fe en Jesús que les sirviera de obstáculos para seguir viviendo como judíos, para ir al Templo y para participar de la vida religiosa en general de su pueblo. Lo único que los distinguía de otros judíos era su creencia de que Jesús era el mesías, y que éste ya había venido. No hay nada en esta teología del judeocristianismo nada, absolutamente nada, que suponga una "superación", o un "quebrantamiento" del judaísmo, tan plural en su ideología, del siglo I de nuestra era. No consideraron Dios a Jesús.

El escándalo de la muerte de Jesús fue resuelto por medio del recurso a las Escrituras: Jesús era el siervo de Yahvé y la muerte estaba incluida en su suerte, pero también la resurrección. Además, esta última creencia tenía el apoyo general en el pensamiento de las gentes piadosas judías de que algunos grandes profetas como Henoc y Elías no habían muerto. Que Jesús resucitara se enmarcaba con gran facilidad en este cuadro.

Del relato de los *Hechos de los apóstoles* se deduce que los judeocristianos estaban convencidos de que debían proclamar ante sus connacionales judíos su fe en Jesús mesías, que el pueblo de Israel al completo debía prepararse para la vuelta de Jesús, momento en el que iba a dar cumplimiento a su misión

de establecer el Reino. Aunque esperaban pronto esa venida de Jesús, sintieron la necesidad de "evangelizar" sobre ella a sus compatriotas judíos.

Parece que los judeocristianos de Jerusalén pusieron todos sus bienes en común pensando que la espera de la parusía de Jesús sería breve. Su organización comunitaria se fundó sobre tres "columnas": Pedro, Juan y Santiago. No sabemos exactamente el porqué, pero lo cierto es que los dos primeros desaparecen pronto de la escena. Pienso que es muy probable que Pedro desapareció ya por iniciativa propia –tras el incidente de Antioquía– o bien porque fuera enviado por la comunidad pasó a Alejandría.

Allí dio los primeros pasos en la predicación sobre Jesús a la enorme comunidad judía de la ciudad y luego es muy probable que pasara a Roma, quizá tras un éxito sólo moderado en Alejandría. De Juan la tradición, muy repetida en los *Hechos apócrifos de los Apóstoles*, sólo sabe que fue a la ciudad de Éfeso. Lo cierto es que Santiago, "el hermano del Señor", quedó como jefe único.

Estoy convencido de que la predicación a los paganos no desempeñó papel alguno en esta comunidad jerusalémita. Y también que cuando llegaron las noticias de que Pablo predicaba un "evangelio" propio, cuya lógica era universalista y que por tanto podría pensarse que iba a acabar con los privilegios del pueblo de Israel, se opusieron enérgicamente a él, como cuenta no sólo Pablo en persona, sino también el Pablo de los *Hechos de los apóstoles* (20, 22-30):

29 «Yo sé que, después de mi partida, se introducirán entre vosotros lobos crueles que no perdonarán al rebaño; 30 y también que de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas, para arrastrar a los discípulos detrás de sí.

Este pasaje nos indica al menos que los "lobos crueles" estaban en Jerusalén, que eran la mayoría, y que iban a exigir a Pablo que diera muestra de un judaísmo de tal calibre que a sus ojos podría significar como una retractación del "evangelio" que estaba predicando entre los gentiles.». [Antonio Piñero]

EL CONCILIO DE JERUSALÉN

El Concilio de Jerusalén (o Conferencia Apostólica) es un concilio cristiano de la era apostólica. El Concilio tuvo lugar cerca del año 49-50 d.C., durante la etapa apostólica, es decir, después de la crucifixión de Jesús de Nazaret.

Conocemos lo que se debatió en este concilio por Hechos 15 y Gálatas 2, que sugieren que la reunión fue llamada para discutir si los gentiles varones que se estaban convirtiendo en seguidores de Jesús estaban obligados a circuncidarse. Sin embargo, la circuncisión era considerada repulsiva durante el período de helenización del Mediterráneo Oriental.

En ese momento, la mayoría de los seguidores de Jesús (judeocristianos) eran judíos de nacimiento, e incluso conversos, que consideraban al cristianismo primitivo como parte del judaísmo. La reunión fue convocada para decidir si la circuncisión para los gentiles conversos era requisito para ser miembro de

la comunidad ya que ciertas personas estaban enseñando que «Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos». Hechos 15:1-29.

En acaloradas discusiones se discutió sobre el carácter que el cristianismo debía mantener entre los gentiles. La Iglesia, que se consideraba como el verdadero Israel, esperaba que el cristianismo continuara según las normas del Antiguo Testamento. Sin embargo, la conversión de multitudes de gentiles (personas no judías), planteaba dos cuestiones:

¿Podían Pablo de Tarso y Bernabé seguir predicando a los paganos si estos no cumplían los requisitos del judaísmo? ¿Cuál debía ser la norma?

El problema era que los cristianos gentiles no realizaban ciertas prácticas judías como la circuncisión (Gn 17,9-14), y comían juntos judíos y gentiles en las iglesias de Antioquia y Galacia, lo que escandalizaba a los judíos de Jerusalén.

El concilio fue presidido por Santiago (hermano de Jesús de Nazaret) y los apóstoles Simón Pedro y San Juan, que eran los líderes de la Iglesia de Jerusalén, junto a otros ancianos de la misma. La Iglesia de Antioquía de Siria estaba representada por Bernabé, Pablo de Tarso y Tito.

En el Concilio de Jerusalén se discutía si los paganos, que Pablo había convertido a la fe de Jesús, estaban obligados a hacerse plenamente judíos mediante la circuncisión para poder salvarse o si simplemente les bastaba con reconocer a Jesús como el mesías y que su sacrificio en la cruz garantizaba la salvación para el que se convirtiera.

Acuerdos que se tomaron en el concilio

Se acordó que los gentiles cristianos no estaban obligados a pasar al judaísmo para obtener la salvación de Dios, pero deberían cumplir con las prácticas de no comer sangre, ni carne de animal sacrificado o ahogado, y no fornicaran (promiscuidad sexual). Bernabé y San Pablo de Tarso fueron confirmados como apóstoles de los gentiles.

Pablo de Tarso lo relata en su Epístola a los gálatas.

Relato de Pablo en la Epístola a los gálatas 2,1-10

La Epístola a los gálatas es una carta escrita por Pablo de Tarso a los cristianos que habitaban la provincia romana de Galacia, en Asia Menor (donde asentaban las ciudades de Licaonia, Iconio, Listra, Derbe y Antioquia de Pisidia).

El tema de 1-10 es la vindicación del Evangelio de Jesucristo, en contraposición con los preceptos judíos que se habían mezclado dentro de la iglesia cristiana de ese lugar. La carta es una clara enseñanza contra los judaizantes, pues los gálatas habían empezado a volver a la Ley mosaica, creyendo así afirmar su salvación. Los judaizantes eran una fuerte secta en el cristianismo primitivo que negaban el apostolado de Pablo y utilizaban la zona del Asia Menor para divulgar sus enseñanzas.

Pablo cuenta que este episodio de Jerusalén ocurrió así:

En la ciudad se celebró una especie de reunión solemne de creyentes en Jesús (la misma que describe Hch 15, aunque con detalles divergentes). Por un lado estaban Santiago, el "hermano del Señor", Cefas (= Pedro) y Juan, hijo del Zebedeo, las consideradas "columnas de la Iglesia". Por otro, los representantes de la iglesia de Antioquía (= Pablo y Bernabé) que representaban a los paganos convertidos a la fe de Jesús.

- 1 *Luego, al cabo de catorce años, subí nuevamente a Jerusalén con Bernabé, llevando conmigo también a Tito.*
- 2 *Subí movido por una revelación y les expuse el Evangelio que proclamo entre los gentiles - tomando aparte a los notables - para saber si corría o había corrido en vano.*
- 3 *Pues bien, ni siquiera Tito que estaba conmigo, con ser griego, fue obligado a circuncidarse.*
- 4 *Pero, a causa de los intrusos, los falsos hermanos que solapadamente se infiltraron para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús, con el fin de reducirnos a esclavitud,*
- 5 *a quienes ni por un instante cedimos, sometiéndonos, a fin de salvaguardar para vosotros la verdad del Evangelio...*
- 6 *Y de parte de los que eran tenidos por notables - ¡qué me importa lo que fuesen!: en Dios no hay acepción de personas - en todo caso, los notables nada nuevo me impusieron.*
- 7 *Antes al contrario, viendo que me había sido confiada la evangelización de los incircuncisos, al igual que a Pedro la de los circuncisos,*
- 8 *- pues el que actuó en Pedro para hacer de él un apóstol de los circuncisos, actuó también en mí para hacerme apóstol de los gentiles*
- 9 *y reconociendo la gracia que me había sido concedida, Santiago, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos tendieron la mano en señal de comunión a mí y a Bernabé: nosotros nos iríamos a los gentiles y ellos a los circuncisos;*
- 10 *sólo que nosotros debíamos tener presentes a los pobres, cosa que he procurado cumplir con todo esmero.*

Se llegó a un acuerdo:

Los jefes o notables (literalmente las "columnas": 2,9) de la Iglesia no modificaron su "evangelio" ("Nada nuevo me impusieron": 2,6).

Se admitió que la autoridad de Pedro y la de Pablo eran iguales; pero cada uno en su campo de trabajo (2,8).

Las "columnas" de la Iglesia estrecharon su mano y "reconocieron la gracia a él concedida" (2,9): aprobaron que predicara a los gentiles con las condiciones de libertad por él propuestas frente a las exigencias de la ley de Moisés (2,8-10).

En el caso de su discípulo Tito, que era griego (2,3), no fue obligado a someterse a la circuncisión.

Pero parece que, en el caso de Timoteo, de madre judía, transigió el Apóstol y lo hizo circuncidar por la presión que ejercieron sobre él los hermanos en la fe, que en realidad eran "falsos hermanos" (2,4-5, texto oscuro que puede referirse a lo que complementa Hch 16,3 y 1 Cor 9,20).

«Estos falsos hermanos eran probablemente una facción radical de Jerusalén que en el fondo no estaban de acuerdo con los acuerdos a los que se había llegado en el Concilio. Probablemente estaban liderados por el que aparentemente lo había firmado, Santiago, el "hermano del Señor".

En la Carta a los Romanos veremos cómo Pablo parece admitir sin dificultad, finalmente, la posibilidad de que los cristianos procedentes del judaísmo sigan guardando la Ley, pero de ningún modo será ésta obligatoria para los cristianos que proceden del paganismo.

Así queda redondeado el argumento completo: el apostolado de Pablo no sólo no depende de la Iglesia de Jerusalén (hombres al fin y al cabo), sino que él consiguió allí que los jefes aceptaran su modo de entender el evangelio; éste es correcto respecto a no exigir a los gentiles convertidos ni la circuncisión ni la observancia de otras partes de la Ley.

Los gentiles la saludaron con gozo, pero para los judíos y muchos judeocristianos era una verdadera blasfemia que merecía la muerte: inegar la validez de la ley de Moisés!». [Antonio Piñero]

Relato de Hechos de los Apóstoles 15

Pablo da menos detalles de este Concilio que el relato paralelo de Hechos de los apóstoles en el capítulo 15:

1. *Algunos que habían bajado de Jerusalén enseñaban a los hermanos: "Si no os circuncidáis conforme a la Ley de Moisés, no podéis ser salvos."*
2. *Con esto se produjo una agitación y disputa no pequeña, levantándose Pablo y Bernabé contra ellos. Al cabo determinaron que subieran Pablo y Bernabé a Jerusalén, acompañados de algunos otros de entre ellos, a los apóstoles y presbíteros, para consultarlos sobre esto.*
3. *Ellos, despedidos por la iglesia, atravesaron la Fenicia y Samaría, contando la conversión de los gentiles y causando grande gozo a todos los hermanos.*
4. *A su llegada a Jerusalén fueron acogidos por la iglesia y por los apóstoles y presbíteros, y les contaron cuanto había hecho Dios con ellos.*
5. *Pero se levantaron algunos de la secta de los fariseos que habían creído, los cuales decían: "Es preciso que se circunciden y mandarles guardar la Ley de Moisés."*
6. *Se reunieron los apóstoles y los presbíteros para examinar este asunto.*
7. *Después de una larga discusión, se levantó Pedro y les dijo: "Hermanos, vosotros sabéis cómo, de mucho tiempo ha, Dios me escogió en medio*

de vosotros para que por mi boca oyesen los gentiles la palabra del Evangelio y creyesen.

8. *Dios, que conoce los corazones, ha testificado en su favor, dándoles el Espíritu Santo igual que a nosotros*
9. *y no haciendo diferencia alguna entre nosotros y ellos, purificando con la fe su corazones.*
10. *Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios queriendo imponer sobre el cuello de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros fuimos capaces de soportar?*
11. *Pero por la gracia del Señor Jesucristo creemos ser salvos nosotros, lo mismo que ellos.”*
12. *Toda la muchedumbre calló, y escuchaba a Bernabé y a Pablo, que referían cuantas señales y prodigios había hecho Dios entre los gentiles por medio de ellos.*
13. *Luego que éstos callaron, tomó Santiago la palabra y dijo:*
14. *“Hermanos, oídme: Simón nos ha dicho de qué modo Dios por primera vez visitó a los gentiles para consagrarse de ellos un pueblo a su nombre.*
15. *Con esto concuerdan las palabras de los profetas, según está escrito:*
16. *“Después de esto volveré y edificaré la tienda de David, que estaba caída, y reedificaré su ruinas y la levantaré,*
17. *a fin de que busquen los demás hombres al Señor, y todas las naciones sobre las cuales fue invocado mi nombre, dice el Señor que ejecuta estas cosas,*
18. *conocidas desde antiguo.”*
19. *Por lo cual, es mi parecer que no se inquiete a los que de los gentiles se conviertan a Dios,*
20. *sino escribirles que se abstengan de las contaminaciones de los ídolos, de la fornicación, de lo ahogado y de sangre.*
21. *Pues Moisés desde antiguo tiene en cada ciudad quienes lo expliquen, leyéndolo en las sinagogas todos los sábados.*
22. *Pareció entonces bien a los apóstoles y a los presbíteros, con toda la iglesia, escoger de entre ellos, para mandarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé, a Judas, llamado Barsabas, y a Silas, varones principales entre los hermanos,*
23. *y escribirles por mano de éstos: “Los apóstoles y presbíteros hermanos, a sus hermanos de la gentilidad que moran en Antioquía, Siria y Cilicia, salud:*
24. *Habiendo llegado a nuestros oídos que algunos, salidos de entre nosotros, sin que nosotros les hubiéramos mandado, os han turbado con palabras y han agitado vuestras almas,*

25. *de común acuerdo, nos ha parecido enviaros varones escogidos en compañía de nuestros amados Bernabé y Pablo,*
26. *hombres que han expuesto la vida por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo.*
27. *Enviamos, pues, a Judas y a Silas para que os refieran de palabra estas cosas.*
28. *Porque ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros ninguna otra carga, a excepción de estas cosas necesarias:*
29. *Que os abstengáis de los idolotitos, de sangre y de lo ahogado, y de la fornicación, de lo cual haréis bien en guardaros. Pasadlo bien.”*
30. *Los enviados bajaron a Antioquía, y, reuniendo a la muchedumbre, les entregaron la epístola,*
31. *que, leída, los llenó de consuelo”*
32. *Judas y Silas, que también eran profetas, con muchos discursos exhortaron a los hermanos y los confirmaron.*
33. *Pasado allí algún tiempo, fueron despedidos en paz por los hermanos a aquellos que los habían enviado.*
34. *Pero Silas decidió permanecer allí, y partió solamente Judas.*
35. *Pablo y Bernabé se quedaron en Antioquía, enseñando y evangelizando con otros muchos la palabra del Señor.*

La conversión de los gentiles no circuncidados se había vuelto un problema (Hch 11,1-18), más ahora que muchos de ellos ingresaban como miembros de la Iglesia. Para muchos creyentes de Jerusalén, los gentiles primero debían circuncidarse, es decir, convertirse en prosélitos judíos, para formar parte del pueblo de Dios y tener comunión con ellos.

Hechos 15 gira en torno al problema de la conversión de los gentiles sin tener que guardar la ley mosaica. El Concilio de Jerusalén fue un momento decisivo en la historia de la iglesia apostólica en relación con su misión mundial.

Desde el principio, la iglesia de Antioquía estaba integrada por judíos (helenistas) y por gentiles incircuncisos (Hch. 11,19-21; Gál. 2,11-13) que, aparentemente, vivían en comunión pacífica entre sí. Pero la llegada de un grupo de creyentes de Jerusalén vino a perturbar esta convivencia pacífica.

Estos creyentes venidos de Judea, tradicionalmente llamados judaizantes, posiblemente eran los mismos que el versículo 5 identifica como “fariseos que habían creído”. El mismo Pablo había sido fariseo antes de su conversión (Fil. 3,5). La mayoría de los judíos, incluyendo a los apóstoles, no se sentían muy cómodos con la presencia de los gentiles incircuncisos en la Iglesia (Gál. 2,11-13).

En su Epístola a los Gálatas, Pablo no habla de manera positiva de los judaizantes, ya que los califica como perturbadores (Gál. 1,7; 5,10) y “falsos hermanos” (Gál. 2,4), cuyo verdadero motivo era socavar la libertad espiritual

del evangelio y llevar a los conversos gentiles a la esclavitud del legalismo judío.

Si los gentiles no se circuncidaban y no guardaban todas las leyes judías, no podrían salvarse. La salvación solo tendría lugar dentro de la comunidad del pacto de Dios y, según el Antiguo Testamento, no había otra manera de llegar a ser parte del pueblo escogido de Dios sino mediante la circuncisión (Gén. 17,9-14; Éxo. 12,48). Los gentiles solo podrían salvarse si primero se hacían judíos prosélitos.

La postura intransigente de los visitantes de Judea generó un acalorado debate (la palabra de Hechos 15,2 es *stasis* 'conflicto', o 'disensión'). El tema era demasiado importante para ser tratado solamente en el ámbito local. Entonces, los hermanos de Antioquía decidieron enviar a varios delegados a Jerusalén, incluyendo a Pablo y a Bernabé, para encontrar una solución.

El problema central de este conflicto era la circuncisión, que no era una institución humana (Mat. 15:8-9). Al contrario, había sido ordenada por Dios mismo como una señal de su pacto con los descendientes de Abraham como pueblo elegido (Gén. 17,9-14).

La circuncisión era indispensable para un varón para ser miembro pleno de la comunidad del Pacto de Dios. Jesús era el Mesías de Israel, por tanto era natural que los judaizantes insistieran en que ningún gentil podría beneficiarse de la salvación de Jesús sin convertirse primero en judío. Pablo nunca podría estar de acuerdo con esta negación del carácter universal de la salvación (Col. 3,11; Tito 2,11).

Lucas no hace un informe de todas las actas de la reunión. No presenta los argumentos de los judaizantes (Hech. 15,5) ni las respuestas de Pablo y de Bernabé (Hech. 15,12). Solo refiere los discursos de Pedro y de Jacobo, los hombres más importantes entre los apóstoles.

En su discurso, Pedro emplea el mismo argumento que había usado ante los hermanos de Jerusalén (Hech. 11,4-17): Dios mismo había mostrado su aprobación a la conversión de Cornelio (aunque era un gentil incircunciso) al darle a él y a su familia el mismo don del Espíritu que les había dado a los apóstoles en Pentecostés. Y concluye: "Creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos" (Hech. 15,11).

Parece que Jacobo ocupaba una posición de autoridad (Hech. 12,17; 21,18; Gál. 2,9; 12). En su discurso, Jacobo intenta demostrar que Dios ya había previsto que los gentiles se uniesen a un "pueblo de Dios" reconstituido y que, por tanto, podían incorporarse a Israel.

En el Concilio, siguiendo el consejo ofrecido por Simón Pedro (Hechos 15:7-11), el apóstol Jacobo presentó una propuesta, que fue aceptada por la Iglesia y conocida como el Decreto Apostólico:

Por lo cual yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios, sino que se les escriba que se aparten de las contaminaciones de los ídolos, de fornicación, de ahogado y de sangre. Porque Moisés desde

tiempos antiguos tiene en cada ciudad quien lo predique en las sinagogas, donde es leído cada día de reposo.

Este Decreto Apostólico fue considerado vinculante para todas las otras congregaciones cristianas locales en otras regiones.

El redactor de los Hechos relata una reafirmación por Jacobo y los ancianos de Jerusalén de los contenidos de la carta con motivo de la última visita de Pablo a Jerusalén, inmediatamente antes de la detención de Pablo en el templo, relatando: «Cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con gozo. Y al día siguiente Pablo entró con nosotros a ver a Jacobo, y se hallaban reunidos todos los ancianos». Los ancianos entonces procedieron a notificar a Pablo de lo que parece haber sido una preocupación común entre los creyentes judíos, que él estaba enseñando a los judíos de la diáspora convertidos al cristianismo «a apostatar de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos, ni observen las costumbres». Recuerdan a la asamblea, diciendo «en cuanto a los gentiles que han creído, nosotros les hemos escrito determinando que no guarden nada de esto; solamente que se abstengan de lo sacrificado a los ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación».

En opinión de algunos estudiosos, el recordatorio de Santiago y los ancianos aquí es una expresión de la preocupación de que Pablo no estaba enseñando plenamente la decisión de la carta del Concilio de Jerusalén a los gentiles, sobre todo en lo que se refiere a la carne kosher no estrangulada, que contrasta con el asesoramiento de Pablo a los gentiles en Corinto, «de todo lo que se vende en la carnicería, comed» (1 Corintios 10,25).

Debido a esto, su decisión fue que no se impusieran más restricciones a los conversos gentiles, aparte de las que normalmente se requerirían de los extranjeros que deseaban vivir en la tierra de Israel.

El decreto apostólico

Como la salvación es por gracia, se eximía de la circuncisión a los gentiles creyentes cuando se unían a la Iglesia. No obstante, se les imponía cuatro prohibiciones. Debían abstenerse de (1) la carne ofrecida en sacrificio a ídolos en rituales paganos, y luego servida en una fiesta del templo o vendida en el mercado; (2) el consumo de sangre; 3) la carne de animales estrangulados; y (4) la promiscuidad sexual.

La base de estas prohibiciones no se detalla en Hechos 15:21, que dice solamente: «Porque Moisés desde tiempos antiguos tiene en cada ciudad quien lo predique en las sinagogas, donde es leído cada día de reposo», subrayando que son los mandamientos mosaicos a los que los gentiles deben prestar atención. Muchos, empezando por Agustín de Hipona, consideran que el consenso hizo hincapié en las cuatro estipulaciones sobre la base de las leyes noájidas, que se señalan en el Génesis, y aplicables a todas las personas (descendientes de Noé después del Diluvio). Por otro lado, algunos eruditos modernos rechazan la conexión con las leyes noájidas (Génesis 9) y en su lugar ven a Levítico 17-18 como base.

Los primeros cristianos judíos, incluyendo a aquellos que creían que los no judíos debían convertirse en judíos y adoptar las costumbres judías, fueron despectivamente llamados judaizantes, e incluso Pablo utiliza este término contra Pedro en Gálatas 2,14.

Sin embargo, aun Bernabé, compañero de Pablo hasta ese momento, se puso del lado de Pedro (Gálatas 2,13, Hechos 15,39-20). L. Michael White en su *De Jesús al cristianismo* [From Jesus to Christianity] afirma: «La discusión con Pedro fue un fracaso total de bravata política y Pablo pronto dejó Antioquía como persona non grata, nunca más regresó». James D.G. Dunn, quien acuñó la frase «Nueva perspectiva de Pablo», ha propuesto que Pedro fue el «hombre-puente» (es decir, el pontifex maximus) entre las otras dos «figuras líderes prominentes» del cristianismo primitivo: Pablo y Jacobo el Justo.

Los apóstoles y los ancianos de la iglesia reprodujeron solo las regulaciones de Levítico 17 y 18 concernientes a los extranjeros residentes en Israel. En el contexto de Levítico, estas prohibiciones significan la renuncia al paganismo. Todo extranjero que quisiera vivir en Israel tenía que abdicar de las prácticas paganas a las que estaba acostumbrado (Lev. 18,30).

Alcanzado este acuerdo, la primera medida fue escribir una carta a los creyentes gentiles para informarles lo que se había decidido. La iglesia de Jerusalén también decidió designar a dos delegados, Judas Barsabás y Silas, para que acompañaran a Pablo y a Bernabé hasta Antioquía; su misión era llevar la carta y confirmar su contenido.

Al concluir el Concilio, el evangelio de Pablo fue plenamente reconocido por los dirigentes eclesiásticos de Jerusalén, quienes les extendieron a él y a Bernabé la mano derecha del compañerismo como señal de aceptación y confianza (Gál. 2,9). Sin embargo, a los cristianos judíos que seguían viviendo según la ley judía todavía les resultaba sumamente problemático compartir la mesa con los gentiles, quienes, a efectos prácticos, seguían siendo ritualmente inmundos. Este problema aparece, por ejemplo, en el incidente asociado con Pedro en Gálatas 2,11-14.

Interpretación de la decisión del Concilio

El Decreto Apostólico de Jacobo fue que la mayoría de la ley mosaica, incluyendo el requisito de la circuncisión de los varones, no era obligatorio para los gentiles conversos, posiblemente con el fin de hacer más fácil para que se unan al movimiento. Sin embargo, el Concilio hizo mantener las prohibiciones contra los gentiles convertidos como el consumo de la carne con sangre, o la carne de los animales muertos no correctamente. El Decreto puede ser un importante acto de la diferenciación de la Iglesia desde sus raíces judías, dependiendo de cuando la ley judía noájida fue desarrollada.

Por otro lado, algunos en la Iglesia primitiva pronto decidieron que los requisitos de la Torá no eran necesarios para judíos conversos tampoco. Pablo también afirma repetidamente que los judíos como los gentiles son uno en Cristo, lo que puede ser interpretado como diciendo que no se distinguen de cualquier manera, incluida su relación con la ley mosaica.

Interpretación moderna

El artículo de la Enciclopedia Judía, «New Testament — Spirit of Jewish Proselytism in Christianity», afirma:

«Porque grande como fue el éxito de Bernabé y Pablo en el mundo pagano, las autoridades de Jerusalén insistían en la circuncisión como condición de admisión de miembros en la iglesia, hasta que, por iniciativa de Pedro y de Jacobo, la cabeza de la iglesia de Jerusalén, se acordó que la aceptación de las Leyes de Noé (es decir, en relación con la evitación de la idolatría, la fornicación, y el consumo de carne cortada de un animal vivo) debía exigirse de los paganos deseosos de entrar en la Iglesia».

Asimismo, en el artículo Gentiles, afirma:

«la intención original de Jesús, y en especial de Pablo, era convertir sólo a los gentiles a las siete leyes morales de Noé y dejar que los judíos siguieran la ley mosaica, lo que explica las aparentes contradicciones en el Nuevo Testamento respecto a las leyes de Moisés y el sábado».

Joseph Fitzmyer niega que el Decreto Apostólico se base en la Ley Noájida (Génesis 9,37) y en su lugar propone Levítico 17-18 como base. También sostiene que la decisión se entiende como un compromiso práctico para ayudar a los cristianos judíos y gentiles a llevarse bien, no una afirmación teológica destinada a atar a los cristianos de todos los tiempos. [Fuente: [Wikipedia](#)]

SOBRE EL CONCILIO DE JERUSALÉN

«La reacción de las autoridades de la comunidad de Jerusalén para llegar un acuerdo se explica en parte por la fecha, 48 d.C., en la que se celebró el Concilio, y en parte porque Pablo aún no había manifestado con toda su rotundidad su teología que aniquilaba las bases de la religión judía

Por tanto, cuando Santiago, Juan y Pedro (Cefas) le dan la mano en “señal de común acuerdo” (¡ojo! Se suele traducir por “señal de comunión” como si eso implicaran que aceptan la teología de Pablo; de lo que se trata es de la aceptación de dos tipos de misión ya existentes), Pablo no había desarrollado su teología con toda crudeza. En cuanto lo hizo y se sacaron todas las consecuencias, la gente de Santiago se echó hacia atrás. En una palabra: el posible pacto no fue cumplido nunca.

Lo que subyace en lo que relata Lucas en Hch 15 es lo que sabemos ya por otro lado sobre la teología judía y judeocristiana acerca de la “salvación de los gentiles”. Éste era –en una época mesiánica, como la que estaba viviendo en esos momentos– la cuestión fundamental: cómo salvarse porque el fin estaba cerca.

Según esta teología judía, que se había ido formando siglos atrás, los gentiles podían salvarse con una salvación de segunda grado, sin necesidad de circuncidarse (no necesitan hacerse judíos), sino sólo con cumplir el Decálogo y otras normas básicas (“Leyes de Noé”) cuya regla fundamental era

abstenerse de las irregularidades en el matrimonio y la vida sexual, de las carnes sacrificadas a los ídolos y no ingerir sangre, principio de vida.

Es posible que esta postura estuviera bastante cerca de lo que pensaba Pedro tras el altercado de Antioquía: los judíos bajo la Ley; los paganos no circuncisos, sólo bajo la ley de los preceptos de Noé. Los salvados se dividen en dos comunidades distintas, pero al final de los tiempos se harían una sola.

En síntesis: lo que afirman los Hechos de los apóstoles a propósito de la decisión de Santiago expresada en una "carta-decreto" no era novedad alguna. El judaísmo contemplaba la salvación de los gentiles, y en ese sentido nada tenían contra Pablo..., con tal de que "no se pasara"... en su teología en contra de la validez de la ley de Moisés... como de hecho ocurrió más tarde.

¿Por qué entonces presenta Pablo en Gálatas (recordemos: escrita años después) como un refrendo de su teología el "abrazo" que expresaba "el común acuerdo"? Por necesidades de su argumentación en pro de su teología más desarrollada que la de Jerusalén. Pablo también sabe presentar las cosas como le convienen. Por necesidad de fundamentar su teología afirma que "los de Jerusalén", con Santiago a la cabeza, no se habían opuesto a él en el año 48, cuando aún no había mostrado todas las consecuencias de su teología radical. Pero se calla que lo habrían hecho si hubiesen sabido en ese momento todo lo que más tarde iba a exponer con toda crudeza Pablo en su Carta a los gálatas: su rechazo absoluto al valor salvífico de la ley de Moisés y sus sarcasmos contra la circuncisión y sus valores.

Como conclusión provisional diría: al menos es dudoso que el texto de Gálatas 2,1-10 pueda contradecir la radical oposición entre la teología paulina, completamente desarrollada, y el judeocristianismo, contradicción que mostraremos con todo detalle en las postales siguiente, cuando llegue el momento.

Creo que no se puede afirmar que el judeocristianismo aceptara como norma teológica la "invalidez" absoluta, tal como la proclamará Pablo, de la ley de Moisés. Ésta, como un pedagogo, había cumplido su función hasta la venida de Cristo. Una vez que éste ha venido, ha llegado el tiempo supremo de la salvación. Rigen otras normas. La Ley cumplió su función en el pasado; en el "hoy" mesiánico está ya periclitada; ha venido Cristo y hay ya otra ley: la Ley de Moisés no es ya un instrumento de salvación!

Resumo los puntos más importantes que caracterizan al judeocristianismo:

Los judeocristianos tienen "su propio evangelio" distinto al de Pablo. Éste, en Gálatas 1:6-9 afirma:

6 Me maravillo de que abandonando al que os llamó por la gracia de Cristo, os paséis tan pronto a otro evangelio 7 - no que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren deformar el Evangelio de Cristo -. 8 Pero aun cuando nosotros mismos o un ángel del cielo os anunciara un evangelio distinto del que os hemos anunciado, ¡sea anatema! 9 Como lo tenemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os anuncia un evangelio distinto del que habéis recibido, ¡sea anatema!

Este otro "evangelio" es la teología del judeocristianismo, cuya sede principal era la "iglesia madre" de Jerusalén, gobernada al principio por Pedro, Juan y Santiago; finalmente –al parecer– por este último sólo.

Dentro de estos judeocristianos había un ala más dura a los que Pablo llama "falsos hermanos". Pero su teología es esencialmente judeocristiana. Ideológicamente no se diferenciaban de los demás; sólo que eran más intransigentes con sus principios. Quizás estos intransigentes fueran fariseos convertidos en creyentes en Jesús.

La interpretación de la figura y misión de Jesús en el judeocristianismo era totalmente judía y se basaba en recuerdos inmediatos de los dichos y hechos de Jesús. Seguían observando estrictamente la ley de Moisés y eran asiduos al Templo.

No veían contradicción alguna entre ser creyentes en Jesús y seguir con su modo de vida judío. Este hecho muestra, al parecer, cuán difícil resulta admitir que Jesús hubiera "superado" o quebrado las bases del judaísmo. Sus discípulos inmediatos no lo sentían así al parecer.

Tampoco parece de ningún modo que los de la "Iglesia madre" tuvieran el menor deseo de evangelizar a los paganos.

La frase "Qué clase de personas eran los tenidos por notables... no me importa" indica a las claras que cuando Pablo escribe la Carta a los gálatas, bastante tiempo después, se ha distanciado de esas "autoridades". Han corrido los días y los años y Pablo ha madurado su teología. Ahora está más seguro y en el fondo es más radical en sus ideas. Esta postura lo alejó aún más de la comunidad de Jerusalén. No olvidemos que tras el "decreto" (repito, si lo hubo) ocurrió el incidente de Antioquía en el cual el comportamiento de Pedro fue instigado por gentes de Santiago. Tal comportamiento es inexplicable si se hubiere aceptado de corazón la integración plena de los gentiles en la comunidad de la salvación.

Gál 2,7-9a: "7 Antes al contrario, viendo que me había sido confiada la evangelización de los incircuncisos, al igual que a Pedro la de los circuncisos, 8 - pues el que actuó en Pedro para hacer de él un apóstol de los circuncisos, actuó también en mí para hacerme apóstol de los gentiles - 9a y reconociendo la gracia que me había sido concedida..."

Aquí debe verse una indicación del período de negociación entre los delegados antioquenos y Santiago más Pedro, que debió de ser largo. El pasaje da a entender que en Jerusalén cayeron en la cuenta de que Pablo era un hombre movido por el Espíritu y que había en él algo que no comprendían del todo; por parte de Pablo no había más remedio que aceptar la teología del judeocristianismo estricto, pues venía de fuentes directas de Jesús. Así que aceptándose unos a otros se llegó al resultado de que había dos evangelios distintos y que tenían que convivir.

2:9b-10: "Santiago, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos tendieron la mano como signo de común acuerdo a mí y a Bernabé: nosotros nos iríamos a los gentiles y ellos a los circuncisos; 10 sólo que

nosotros debíamos tener presentes a los pobres, cosa que he procurado cumplir con todo esmero."

El pacto no fue nunca cumplido. Las cartas de Pablo muestran hasta la saciedad la continua oposición de los "judaizantes" –al parecer no sólo extremistas, sino "hombres de Santiago" a la causa de su evangelio.

En conclusión: mi ensayo de exégesis de Gál 2,1-10 me lleva a pensar que:

Entre el judeocristianismo y el antioqueno-paulinismo había una diferencia sustancial e inconciliable de teologías.

Que hubo un acuerdo, ciertamente; pero no entre el grupo, quizá más amplio de lo que sospechamos y que formaba la parte judeocristiana del Concilio en Jerusalén, sino sólo entre sus dirigentes y Pablo-antioquenos.

Que este acuerdo no se cumplió nunca plenamente por parte judeocristiana, sino cada vez menos.

Que Pablo, cuando rememora el acuerdo en la Carta a los gálatas, se ha distanciado de esos dirigentes, tanto de Pedro como de Santiago.

Que el acuerdo fue de tolerancia, de no agresión, de aceptar dos modos de salvación –cosa que el judaísmo helenístico había admitido de algún modo hacía tiempo-, pero de ningún modo fue un acuerdo de teologías, de unidad de pensamiento y de verdadera "comunidad".

Que el "decreto" del "Concilio" o no existió nunca, o bien si existió –que es mi opinión-, fue un acuerdo entre personalidades, no entre grupos. Lucas lo presenta –en contra del testimonio de Pablo- como un decreto "conciliar", pero que este hecho que no se corresponde a la historia se explica por el ánimo lucano a dejarse llevar por sus tendencias teológicas previas.

Finalmente, no se puede afirmar que el "Concilio" de Jerusalén se aceptara la propuesta de Pablo de que "los gentiles pueden tener acceso al Dios universal de Israel sin necesidad de circuncidarse previamente y sin tener que obligarse previamente a los para ellos extraños preceptos judíos sobre la pureza, alimentos y sábado de la halakhá, las obras de la Ley". Ello se deduce del hecho de que el Concilio como tal fue un fracaso y no aceptó nada: Pablo indica que el acuerdo fue sólo entre dirigentes.» [Antonio Piñero]

EL PAPEL DEL JUDAÍSMO HELENÍSTICO

Algunos historiadores creen que una proporción considerable de las comunidades judías helenizadas del sur de Turquía (Antioquía, Alejandreta y ciudades vecinas) y Siria/Líbano finalmente se convirtieron en la rama greco-romana del cristianismo, que finalmente constituyó las Iglesias «melquitas» de la zona de Medio Oriente y el Norte de África:

Como el cristianismo judío se originó en Jerusalén, de la misma manera el cristianismo gentil comenzó en Antioquía, entonces el principal centro del Oriente helenístico, con Pedro y Pablo como sus apóstoles. Desde Antioquía, se extendió a las distintas ciudades y provincias de Siria, entre los sirios helenistas, así como entre los judíos helenísticos los cuales, como resultado

de las grandes rebeliones contra los romanos en el año 70 d. C. y 130, fueron expulsados de Jerusalén y de Palestina hacia Siria. [Fuente: [Wikipedia](#)]

CONFLICTO DE ANTIOQUÍA ENTRE PABLO Y PEDRO

Escribe [Antonio Piñero](#) sobre Álvarez Valdés. Ariel: *Enigmas de la Biblia*.

«No puedo admitir, por el mismo argumento básico, lo que escribe Ariel a propósito del conflicto de Antioquía entre Pablo y Pedro: "Pedro por un lado, rechazó la posición extrema de Pablo, que eliminaba todas las leyes judías de la comunidad cristiana.

Pero por otro también descartó la línea radical de Santiago, que pretendía imponer a todos las normas del Antiguo Testamento, lo cual desalentaba la conversión de los paganos. Asumió, pues, una postura más equilibrada entre las dos visiones, y propuso una solución intermedia: aceptó que algunas normas de Moisés debían ser observadas por los cristianos (como decía Santiago), pero eliminó el rito de la circuncisión y otras normas judaizantes (como proponía Pablo).

De esta manera, la iglesia de Antioquía quedó marcada por la posición petrina de pensamiento, y Pedro se convirtió en el referente teológico por excelencia de los cristianos antioquenos".

Y no puedo admitirlo por el mismo argumento de fondo: ni Pablo "eliminó todas las leyes judías de la comunidad cristiana", ni fue Pedro el "inventor" de que los gentiles no tenían que cumplir la ley de Moisés. Entre otras razones porque eso supone creer en la historicidad de fondo de Hechos 10 (visiones de Pedro y conversión del pagano Cornelio bautizado por Pedro), que es totalmente legendario e irenista por parte de Lucas/Hechos, inventado para tender puentes entre petrinus y paulinus = Pedro actúa como Pablo (cap. 10) y Pablo habla como Pedro (cap. 13. Discurso en Antioquia de Pisidia)».

LA COMUNIDAD JUDEOCRISTIANA DE ANTIOQUÍA

«Sostengo que no se puede probar técnicamente por falta de fuentes (aunque sí sospechar o hipotetizar) que el apóstol Pablo dependa de una tradición especial judeocristiana, helenística de lengua griega, que como dicen los *Hechos de los apóstoles* canónicos, encarnada en una comunidad física que residiera desde los primeros años tras la muerte de Jesús en la capital de Judea, Jerusalén. Eso es lo que dicen los Hechos canónicos de apóstoles, pero es dudoso históricamente.

Y desde luego tampoco hubo nunca en Jerusalén en los primeros años tras la muerte de Jesús una comunidad "cristiana" formada por expaganos. Esa iglesia es un constructum de cierta teología alemana anterior a la Segunda Guerra Mundial que quiso afirmar que ya desde los inicios del cristianismo no hubo solo "judíos" en lo que luego sería el cristianismo, sino también arios (es decir, paganos griegos y romanos).

Más bien se debe sostener, a partir de lo que afirma el autor de Hechos en 11,19-21 que tal comunidad helenística con una cierta teología propia solo se produjo en la ciudad siria de Antioquía y que la teología del discurso de Esteban en Hch 7 (que el autor sitúa en Jerusalén) es muy probable que sea la teología de los judíos de Antioquía, no del protomártir.

No tenemos más textos que las cartas auténticas de Pablo, al que podemos considerar en su etapa de Antioquía el portador de un judeocristianismo no jerusalemita, para reconstruir hipotéticamente, nunca con afirmaciones seguras, esa teología helenística. Antes de la intervención de Pablo en la historia nada sabemos de cierto de la formación de grupos judeocristianos en la capital de Judea, por mucho que si se lee la teología protestante alemana de casi todo el siglo XX se afirme con rotundidad la existencia de esa teología.

Efectivamente, por 1 Corintios, desde el inicio de la carta, sabemos que fue la predicación de Pablo la que ocasionó la existencia de "partidos" o fracciones dentro del judeocristianismo del momento. Y esto no es extraño, porque si tiene algo el judaísmo del siglo I fue la enorme variedad de pensamiento (que sigue hasta hoy; no había ni hay de verdad "ortodoxia", sino "ortopraxia" = "Dos judíos, tres opiniones").

Insisto en que estudiemos a fondo al Pablo auténtico y leamos siempre con atención crítica *Hechos de apóstoles*, pues su autor, un discípulo íntimo de Lucas que imita el estilo de su maestro, es un escritor de una teología muy propia, muy sesgada según muchos exegetas, que intenta igualar y limar las ideas teológicas contrapuestas del primer judeocristianismo y borrar en lo posible cualquier diferencia. "No hay más que una doctrina cristiana y esa la inspiró el Espíritu Santo desde siempre" podría ser la bandera teológica del autor de *Hechos*. Y ese es el fundamento de la Gran Iglesia (petrino-paulina) que nunca cambió". Todo esto es pura especulación.» [[Antonio Piñero](#)]

La iglesia en Antioquía: *Hechos de los apóstoles* 11,19-21

19. *Los que con motivo de la persecución suscitada por lo de Esteban se habían dispersado, llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, no predicando la palabra más que a los judíos.*

20. *Pero había entre éstos algunos hombres de Chipre y de Cirene que, llegando a Antioquía, predicaron también a los griegos, anunciando al Señor, Jesús.*

21. *La mano del Señor estaba con ellos, y un gran número creyó y se convirtió al Señor.*

22. *Llegó la noticia de esto a los oídos de la iglesia de Jerusalén, y enviaron a Antioquía a Bernabé,*

23. *el cual, así que llegó y vio la gracia de Dios, se alegró y exhortaba a todos a perseverar fieles al Señor;'*

24. *porque era hombre bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe, y se allegó al Señor numerosa muchedumbre.*

25. *Bernabé partió a Tarso en busca de Saulo, y hallándole, le condujo a Antioquía,*

26. *donde por espacio de un año estuvieron juntos en la iglesia e instruyeron a una muchedumbre numerosa, tanto que en Antioquía comenzaron los discípulos a llamarse "cristianos."*

Defensa y muerte de Esteban: *Hechos de los apóstoles 7*

47. *Pero fue Salomón quien le edificó una casa.*

48. *Sin embargo, no habita el Altísimo en casas hechas por mano de hombre, según dice el profeta:*

49. *"Mi trono es el cielo, | y la tierra el escabel de mis pies; | ¿qué casa me edificaréis a mí, dice el Señor, | o cuál será el lugar de mi descanso?"*

50. *¿No es mi mano la que ha hecho todas las cosas?"*

51. *Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros siempre habéis resistido al Espíritu Santo. Como vuestros padres, así también vosotros.*

52. *¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Dieron muerte a los que anunciaban la venida del Justo, a quien vosotros habéis ahora traicionado y crucificado, vosotros,*

53. *que recibisteis por ministerio de los ángeles la Ley y no la guardasteis.*

54. *Al oír estas cosas se llenaron de rabia sus corazones y rechinaban los dientes contra él.*

55. *El, lleno del Espíritu Santo, miró al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús en pie a la diestra de Dios,*

56. *y dijo: Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre en pie, a la diestra de Dios.*

57. *Ellos, gritando a grandes voces, tapáronse los oídos y se arrojaron a una sobre él.*

DOS VARIANTES ESENCIALES DE INTERPRETACIÓN DEL NAZARENO

«Pues bien, pienso que en ese tercio final del siglo I en el que se compuso el Evangelio de Marcos, unos cuantos años tras la muerte de Jesús, no había más que dos variantes esenciales de interpretación del Nazareno (no había dado tiempo a que se consolidaran más grupos importantes y que se plasmaran en obras escritas):

1. La que procedía del grupo de seguidores judíos, directos, de Jesús, nacidos en Judea o Galilea, de lengua aramea/hebreá, concentrados bien en esta última región o bien en la capital del país, Jerusalén.

2. La que procedía en origen del grupo de los "helenistas" que habían sido expulsados de Palestina, tras la muerte de Esteban, según cuentan los Hechos de los apóstoles 8.

En el primer grupo llevaba la voz cantante, ideológica y "políticamente", la denominada "iglesia madre de Jerusalén", que estaba guiada por tres "columnas": Pedro y Juan, dos apóstoles, primeros seguidores de Jesús, y Santiago, el hermano del Señor, no perteneciente al conjunto de los Doce. Había probablemente también un grupo galileo que aunque tuviera una cierta autonomía geográfica debía de tener una teología parecida a la del grupo radicado en la capital con ciertas variantes locales en el fondo no de gran importancia para lo que era la idea general sobre el Jesús que recordaban.

Es más que probable que esta iglesia madre jerusalemita enviara misioneros que predicaran su visión de Jesús a los judíos de la Diáspora: Alejandría y Roma sobre todo, ciudades con las que Jerusalén mantenía un notable contacto comercial.

El segundo grupo estaba en torno al año 70 bien asentado en Siria, tanto en Antioquía del Orontes, como muy probablemente en Damasco. Se piensa que había también otro grupito en alguna zona de Samaría.

Los orígenes de los helenistas nos son conocidos por los Hechos de los apóstoles capítulos 6-7, de cuyo contenido se suelen fiar los críticos. Era el de los judíos de lengua materna (no) griega, por tanto "helenistas", que residían también en Jerusalén aunque venidos de fuera porque era tradición que allí se manifestaría –pronto– el mesías.

Como narran los Hechos de los apóstoles de una manera indirecta, estos judíos tenían otra mentalidad, muy diversa a la de los autóctonos palestinos, y pronto manifestaron una teología (no sólo diferencias sociales, como argumenta el autor de los Hechos) –es decir, una interpretación de lo que había sido Jesús– diferente a la de los auténticos nativos, de lengua hebrea. La diversidad comienza a percibirse en el discurso de Esteban del capítulo 7 de los Hechos, aunque en los matices difieran las posibilidades de interpretación.

Las diferencias de perspectivas teológicas en torno a la función de Jesús respecto a la ley de Moisés y al Templo llegaron a ser tan grande, que la disensión se transformó en problema y llevó a la persecución. Los helenistas fueron expulsados de Jerusalén y se refugiaron, como dijimos, bien en Samaría –unos pocos–, bien en Siria, en su capital Antioquía del Orontes, la mayoría. Pablo se unió poco después a estos últimos.

Así pues, la interpretación de Jesús caminaba en este último tercio del siglo I prácticamente sólo por dos senderos: o bien una visión estrictamente judía, "palestina", de Jesús, o bien una interpretación del personaje desde el punto de vista de la Diáspora, más griega, menos localista, más universalista.

A. El grupo primero, el jerusalemita, se mantuvo casi encerrado en sí mismo, salvo su posible proyección (es una hipótesis plausible tan solo) en Alejandría Y Roma) y tuvo mala suerte en la historia inmediata: como su masa principal estaba en la capital de Judea, Jerusalén, le tocó vivir los años de gran agitación política entre el 36 y el 66 d.C. que desembocaron en la primer Gran Revuelta judía contra Roma.

Les tocó vivir también el cruento y desastroso final de ese primer gran levantamiento contra Roma, que concluyó con la aniquilación de Jerusalén y su templo en el 70 d.C. El resultado fue:

O bien el grupo pereció allí,

O bien se trasladó antes de la catástrofe a terrenos más seguros allende el Jordán, según cuenta una antigua tradición.

Pero lo cierto es que desapareció casi por completo de la historia, dejando sólo como herencia pequeños grupos de judeocristianos de estirpe palestina.

B. Resultó así que el segundo grupo, el conjunto de los "helenistas", se vio encumbrado por las circunstancias a ser el absolutamente mayoritario dentro de los seguidores de Jesús.

En primer lugar, ya un par de decenios antes del desastroso final de la Guerra, los helenistas eran superiores en número porque los judeocristianos de la iglesia madre de Jerusalén y de su entorno muy probablemente no hacían más proselitismo que entre los judíos de la capital y –de nuevo se supone con verosimilitud- entre los judíos de Roma, sobre todo. Sociológicamente había crecido mucho menos este grupo que el de los "helenistas", que se habían extendido por más ciudades de Asia Menor sobre todo.

Y resultó además que a este segundo grupo, el "antioqueno / damasceno", se había unido un potente genio religioso, Pablo de Tarso. Esta colectividad no estaba cerrada en sí misma como la jerusalémica, sino que mantenía una gran política de propaganda misionera entre los paganos, una vez que sentían que tenían muy poco éxito entre la mayoría de los judíos. No entramos ahora a discutir las razones de tal proselitismo: lo cierto es que existía y muy fuerte. No así en el grupo "estrictamente judío palestino".

Así que muy pronto la segunda comunidad se vio con más gente en su seno y de mayor peso social que el primer grupo de seguidores más cercanos del Nazareno, los "jerusalemitas".

Por tanto, no es exagerado afirmar que el grupo mayoritario del pensamiento cristiano incipiente era de teología que podríamos denominar antioquena y, poco más tarde, "paulina".»

[Blog de Antonio Piñero: "Verdades elementales acerca de la investigación sobre Jesús de Nazaret" – El blog de Antonio Piñero, 11.11.2009]

PABLO – PEDRO – SANTIAGO

«La participación de los judeocristianos en el culto del Templo era porque aceptaban la eficacia de la idea tradicional del valor de los sacrificios de animales: eran la vía prescrita por Dios para la expiación de los pecados.

Con otras palabras: creían que el código deuteronomico prescribía tales sacrificios y que debían realizarlos los sacerdotes. Esto supone que, al principio al menos, no se habían formado los judeocristianos ninguna teología de la cruz como la de Pablo, según la cual el único sacrificio expiatorio es

precisamente la muerte de Jesús en la cruz, la cual hacía absolutamente inútiles los sacrificios del Templo.

Es claro también que Pablo tenía conciencia de que estaba innovando en el terreno de la teología (en mi opinión y en la de muchos siguiendo las pautas de la teología de los "helenistas") gracias a revelaciones especiales y directas de la divinidad sobre cómo había que entender a Jesús y al plan divino sobre él, pero que no las tenía todas consigo respecto a su "evangelio": sabía que los de Jerusalén no lo comprendían.

Ciertamente, al principio no "consultó a carne y sangre" (Gál 1:16), pero cuando se extendió la fama y el núcleo de las ideas que él predicaba, sintió necesidad de ir a Jerusalén y pedir el refrendo a las "columnas" (Gál 2,9) de la Iglesia. La primera vez que "subió" a Jerusalén fue a los tres años y consultó (en griego *historésai*) con Pedro y Santiago, el hermano del Señor, (Gál 1,18-19).

La segunda fue cuando subió a la capital por voluntad propia a consecuencia de una revelación divina (Gál 2:2) para lo que se conoce como el "Concilio de Jerusalén". Obsérvese a partir sobre todo del relato de los *Hechos de los apóstoles*, que Pablo se presenta como ante una comunidad originaria a la que debe rendir cuentas. La sesión está presidida por Santiago, asistido por los ancianos. Santiago oye a Pablo y éste tiene que defenderse. La escena pinta claramente a un superior –que aprueba o desaprueba, Santiago-, y a uno inferior, Pablo, cuyas ideas son contestadas. Tiene que argumentar a favor de ellas, recibe una aprobación a medias y la superioridad que preside el Concilio le da instrucciones sobre lo que deben observar los gentiles.

De hecho, a tenor de los adversarios del Apóstol en sus cartas, algunos muy enconados como en *Gálatas*, el pacto conseguido en el Concilio de Jerusalén parece que no fue observado nunca. Las dos partes en conflicto teológico, Pablo y los de Jerusalén, nunca hicieron las paces.

Pablo llegó a pensar que había dos "evangelios", uno el destinado a los circuncidados –judíos– y otro, el dirigido a los no circuncisos. Esta distinción parece establecer claramente una diferencia profunda entre los dos: no se trata sólo de diferentes destinatarios y de matices. Si Pablo creía que Dios le había escogido a él de manera especial, como a un profeta del pasado (Gál 1,15: "Me apartó desde el seno materno y me llamó por su gracia...") era porque había instituido algo verdaderamente especial para los paganos, diferente a las de los judíos.

Pues bien, nadie puede pensar que Pablo predicaba un "evangelio" diferente porque le daba la gana, sino porque creía que esa era la interpretación verdadera de las palabras y hechos de Jesús que le habían sido comunicados a él en la comunidad de Antioquía que lo acogió después de sus llamada/conversión. Se supone que –aunque Pablo apenas lo refleja en sus cartas– el Apóstol hablaba de Jesús y citaba sus palabras y hechos... Ahora bien, las transmitía a sus comunidades según su interpretación.

Y de aquí se deduce la consecuencia de que al menos Pablo y los suyos transmitían los recuerdos sobre Jesús interpretándolos. No simples recuerdos, sino recuerdos más interpretación, porque la teología a ellos unida, la paulina, era muy diferente a la de los judeocristianos. Éstos, como dijimos, los del grupo formado en la capital Jerusalén, tenían recuerdos vivos y frescos de quienes habían convivido con Jesús. Y tales recuerdos conducían a "un evangelio diferente".

Y lo último: aunque Pedro –defenestrado hacia el 43/44 d.C. del poder sobre el grupo de Jerusalén, la "iglesia madre", por Santiago, el hermano del Señor–, hubiera abandonado la capital, ni él ni su grupo se dedicaron al parecer a predicar a los gentiles. Eso era cosa de Pablo.

En todo caso parece que Pedro, según la tradición dirigió sus pasos hacia los judíos de Alejandría y luego hacia las comunidades igualmente judías de Roma. Al parecer existió otra diferencia grande entre la teología de los dos grupos principales en los que estaba dividida la cristiandad de esos momentos: es muy probable que los de la "Iglesia madre" no tuvieran el menor deseo de evangelizar a los paganos. La escena del capítulo 10 de los *Hechos de los apóstoles* (el episodio de Cornelio) no parece ser histórica, al menos en la opinión de la inmensa mayoría de los comentaristas.

Se trata más bien de una escena ideal, típica de Lucas, en la que la idea teológica de la unidad de la Iglesia por encima de todo hace presentar a Lucas a un Pedro que "inventa" –gracias a una visión divina especial para ello– la misión a los paganos, mientras Pablo hasta el momento se comporta y predica como si fuera Pedro. Como esta imagen no es concorde con el testimonio del mismo Pablo, a saber que fue a él y a ningún otro a quien Jesús mismo encomendó la evangelización de los gentiles, no parece ser histórica.

Los judeocristianos admitieron ciertamente en su seno a algunos paganos convertidos a la fe en Jesús, pero promulgaron para ellos nuevas leyes –las leyes de Noé: Génesis 9:4, que permitían una salvación de segundo rango–. Seguían creyendo firmemente que Israel había sido elegido por Dios entre todas las naciones.» [Antonio Piñero]

¿HUBO UNA TEOLOGÍA JUDEOCRISTIANA ANTES DE PABLO?

Antonio Piñero escribe:

«A propósito de la enorme influencia de Pedro en la iglesia primitiva deseo hacer algunas precisiones. Sostengo que no se puede probar técnicamente por falta de fuentes (aunque sí sospechar o hipotetizar por medio de técnicas de análisis crítico de fuentes o de métodos de crítica literaria) que el apóstol Pablo dependa de una tradición especial judeocristiana, helenística de lengua griega, que como dicen los Hechos de los apóstoles canónicos, encarnada en una comunidad física que residiera desde los primeros años tras la muerte de Jesús en la capital de Judea, Jerusalén. Eso es lo que dicen los Hechos canónicos de apóstoles, pero es dudoso históricamente.

Y, desde luego, tampoco hubo nunca en Jerusalén en los primeros años tras la muerte de Jesús una comunidad "cristiana" formada por expaganos. Esa iglesia es un constructum de cierta teología alemana anterior a la Segunda Guerra Mundial que quiso afirmar que ya desde los inicios del cristianismo no hubo solo "judíos" en lo que luego sería el cristianismo, sino también arios (es decir, paganos griegos y romanos: véase el libro de F. Bermejo, "La invención de Jesús de Nazaret, Madrid 2018, "El Jesús ario. Exégesis bíblica y nazismo", pp. 677ss).

Es cierto que yo mismo, en publicaciones anteriores he intentado reconstruir esta posible teología de esa posible comunidad helenística jerusalemita. Pero a la vez debo sostener que el carácter de esa reconstrucción es meramente hipotético. Más bien se debe sostener, a partir de lo que afirma el autor de Hechos en 11:19-21 que tal comunidad helenística con una cierta teología propia solo se produjo en la ciudad siria de Antioquía y que la teología del discurso de Esteban en Hch 7 (que el autor sitúa en Jerusalén) es muy probable que sea la teología de los judíos de Antioquía, no del protomártir.

No tenemos más textos que las cartas auténticas de Pablo, al que podemos considerar en su etapa de Antioquía el portador de un judeocristianismo no jerusalemita, para reconstruir hipotéticamente, nunca con afirmaciones seguras, esa teología helenística. Antes de la intervención de Pablo en la historia nada sabemos de cierto de la formación de grupos judeocristianos en la capital de Judea, por mucho que si se lee la teología protestante alemana de casi todo el siglo XX se afirme con rotundidad la existencia de esa teología.

Efectivamente, por 1 Corintios, desde el inicio de la carta, sabemos que fue la predicación de Pablo la que ocasionó la existencia de "partidos" o fracciones dentro del judeocristianismo del momento. Y esto no es extraño, porque si tiene algo el judaísmo del siglo I fue la enorme variedad de pensamiento (que sigue hasta hoy; no había ni hay de verdad "ortodoxia", sino "ortopraxia" = "Dos judíos, tres opiniones").

Y, de nuevo, insisto en que estudiemos a fondo al Pablo auténtico y leamos siempre con atención crítica Hechos de apóstoles, pues su autor, un discípulo íntimo de Lucas que imita el estilo de su maestro, es un escritor de una teología muy propia, muy sesgada según muchos exegetas, que intenta igualar y limar las ideas teológicas contrapuestas del primer judeocristianismo y borrar en lo posible cualquier diferencia. "No hay más que una doctrina cristiana y esa la inspiró el Espíritu Santo desde siempre" podría ser la bandera teológica del autor de Hechos. Y ese es el fundamento de la Gran Iglesia (petrino-paulina) que nunca cambió. Todo esto es pura especulación». [[Antonio Piñero](#), 2019]

JUDAÍSMO Y CRISTIANISMO

«En el transcurso del período 70-135 se produjo una separación entre la Sinagoga y la Iglesia. El proceso fue gradual y multiforme, adoptando formas distintas según tiempos y lugares.

La disociación definitiva de Sinagoga e Iglesia fue lenta, y en opinión de autores judíos modernos no se dio plenamente hasta el siglo V, momento en el que cesó totalmente el trasvase de judíos al cristianismo y al revés. Los modelos jerárquicos que se fueron desarrollando muestran también impronta judía, así como las formas culturales.» [Piñero, 2022: 42]

Julio Treballe: "Formación y desarrollo de la identidad judía antes y después del año 70 d.C.: líneas de continuidad y de ruptura dentro del judaísmo y entre judaísmo y cristianismo", en BANDUE, Madrid: Trotta, vol. VIII 2014-2015, pp. 63-82.

«El cristianismo ha oscilado siempre entre una tendencia hebraizante, de retorno a la Biblia hebrea, y otra helenizante, de fidelidad a la versión griega adoptada desde un principio como el Antiguo Testamento de la Biblia cristiana. Jerónimo y la versión de la Vulgata representan la primera corriente; Agustín en Occidente personifica la segunda. La coexistencia entre estas dos tradiciones, hebraizante y helenizante, ha enriquecido de modo considerable el cristianismo, pero la tensión entre ellas no ha dejado de generar ciertas incongruencias. Los padres griegos y latinos acuñaron el lenguaje cristiano utilizando términos y conceptos de la Biblia griega y de las más antiguas versiones latinas basadas en ella. Pero la teología y, en general, la cultura occidental se asientan sobre la Vulgata y las versiones protestantes que siguen la tradición textual hebrea, caracterizada por concepciones muy diferentes de las griegas. Así pues, las identidades judía y cristiana se formaron a lo largo de los primeros tres o cuatro siglos de nuestra era a través de contactos intensos en algunos momentos o en torno a determinados temas, y rotos en mayor o menor medida según tiempos y lugares» (pp. 77-78).

«Si no es posible estudiar los orígenes cristianos sin referencia al judaísmo del Segundo Templo ni la identidad cristiana sin relación con la judía, tampoco cabe seguir estudiando el desarrollo del judaísmo sin tener en cuenta las fuentes cristianas. Los historiadores del judaísmo han tendido a minimizar el impacto cristiano sobre el mundo judío, como si el cristianismo no hubiera sido más que una secta desprendida del judaísmo o uno de los numerosos cultos grecorromanos. Ha prevalecido incluso la idea de que el judaísmo influyó más en el cristianismo que este en aquel. El hecho es que a lo largo del periodo talmúdico, entre los siglos IV y VI, el avance de la religión cristiana condicionó decisivamente el desarrollo del judaísmo. Así, la Misná codificada en torno al año 200 d.C., no refleja todavía el impacto de la aparición del cristianismo, mientras que el Talmud de Jerusalén (ca. 400 d.C.) y otras obras vinculadas al mismo, como Génesis Rabbah y Levítico Rabbah, revelan los cambios operados en el judaísmo a consecuencia de la propagación del cristianismo en el mundo antiguo, de modo que los orígenes y el desarrollo del judaísmo y del cristianismo no constituyen dos historias independientes» (pp. 74 y 75).

LAS PRIMERAS COMUNIDADES CRISTIANAS

«El tema ha sido estudiado recientemente por Antonio Piñero. Entre los seguidores de Jesús se formaron pronto dos tendencias, la de los hebreos y la de los helenistas.

Los hebreos seguían esperando la llegada inminente del Reino de Dios. Había que evitar el escándalo de la cruz. El cambio de contenido consistió en que proclamaba la llegada del Reino de Dios al mismo tiempo que el papel importante de Jesús como Mesías de Israel. Las condiciones que hicieron posible este cambio fueron el ambiente de expectación de los últimos tiempos del mundo, la gran tensión escatológica y el ansia mesiánica en que vivían los seguidores de Jesús. Se discute mucho si la primitiva comunidad de Jerusalén defendió que la muerte de Jesús era un acto expiatorio por los pecados de la humanidad. Parece probable que ello fuera un desarrollo teológico posterior. La comunidad de Jerusalén veía en la muerte de Jesús solo una muerte profética, manteniéndose de este modo en la tradición judía.

Este Mesías doliente sería un Mesías judío. En este momento aparecieron los títulos cristológicos de Jesús (Hijo de David, Señor, Hijo de Dios, Hijo del Hombre) con trasfondo mesiánico, en relación con una figura mesiánica celestial. El mensaje de esta comunidad de Jerusalén es judío. De todo ello, Antonio Piñero concluye que "el evangelio" de la más antigua comunidad es el propio de un grupo mesiánico, que se preparaba con plegarias, actos de purificación, continuas visitas al templo y una gran preocupación por captar adeptos para la inminente *parusía* [advenimiento glorioso de Jesús al final de los tiempos] del Mesías, Señor, Hijo de David, Hijo del Hombre, en poder y gloria, Jesús de Nazaret. Él habría de restaurar la esperanza de Israel. Estos seguidores de Jesús, que eran judíos y cristianos, no se integraron en la gran iglesia y fueron marginados después.

Los helenistas son el grupo de Esteban que se formó en Jerusalén y en la comunidad de Antioquía. Las fuentes para su conocimiento son los *Hechos de los Apóstoles* y las cartas de Pablo. Este grupo se diferencia del anterior en varios aspectos. Su cristianismo se adaptaba mejor a las necesidades espirituales de los habitantes del Imperio romano. Pronto rompieron con el judaísmo de Jerusalén y se dispersaron, predicando el mensaje de Jesús a los paganos, un mensaje que no era estrictamente judío. Los convertidos no se transformaban en judíos, sino en cristianos, puesto que el mensaje era universalista. Jesús había sufrido por todos.

A estos helenistas se remontan muy probablemente las fórmulas tradicionales, quizás de confesión bautismal, prepaulina, sobre la muerte vicaria de Jesús. Los helenistas cuestionaron la posición preeminente del templo de Jerusalén, basándose en la postura de Jesús ante ellos recogida en los sinópticos. En opinión de Esteban (Hc 7:2-53), la sabiduría salvífica de Dios se había mostrado en el desierto y no en un templo. Esta concepción de Esteban se completa con la de Felipe (Hch 8:26-90), donde aparece la crítica del templo en relación con la interpretación de Jesús como Mesías doliente y con la de su muerte vicaria.

El círculo de Esteban criticaba a la ley por las menudencias de su cumplimiento ritual y ordenancista, vinculado al templo, siguiendo cierta tradición sobre

Jesús. Estos helenistas fueron los fundadores de la comunidad de Antioquía en torno al año 35. Los helenistas adquirieron pronto conciencia de grupo plasmado en la palabra iglesia, con la idea de grupo elegido separado del mundo, idea manifestada en una predicación ascética, de alimentos y sexo, y en su concepción de estar de paso por el mundo.

La reflexión teológica sobre la personalidad de Jesús llevó a los helenistas a un paso revolucionario y a un corte con la concepción judía de Jerusalén. Invocaban a Jesús como Señor, lo que conllevaba la idea de que Jesús pertenecía a la esfera de lo divino. Los helenistas unieron esta invocación a Jesús como Señor, *Kyrios*, que en la traducción de la Escritura por parte de los Setenta se aplicaba a Jahvé, con el concepto del entorno de los helenistas sobre esta palabra. En sus cartas Pablo recogerá esta tradición.

Los helenistas proclamaban a Jesús Hijo de Dios en sentido pleno: Jesús era hijo sustancial de Dios. Esta afirmación era innovadora con respecto a lo proclamado por la iglesia de Jerusalén. La designación de Hijo de Dios distingue a Cristo del Dios único y afirmar su divinidad. Esta afirmación cristológica chocaba con todos los valores del judaísmo. Para algunos autores esta teología de la preexistencia tiene base en la vida de Jesús, aunque sea una reflexión postpascual.

La teología de la preexistencia de Cristo sería anterior a Pablo, pero no parte de la creencia de la resurrección, sino que más bien arrancarían de la idea de la muerte salvífica de Jesús y de la asimilación de Jesús a la Sabiduría. La teología de la preexistencia era la transformación de las especulaciones judías sobre el templo, la Sabiduría y la Torá, debida a la fe en la trascendencia salvífica de la muerte de Cristo. Esta teología de la preexistencia pudo originarse dentro del judaísmo.

A la idea del universalismo está vinculada la designación de Cristo como salvador, uniendo así una de las características de Jahvé con ciertos dioses de las religiones misteriosa e incluso de los monarcas helenísticos. La salvación solo podía llegar del Hijo de Dios. Esta teología llevó a la proclamación de una nueva alianza entre Dios y toda la humanidad». [Blázquez, en Alvar, 1995: 39 ss.]

LOS ESCRITOS DE PABLO

«Pablo estaba muy convencido que no había otro evangelio que el predicado por él, basado en la fe después de su conversión en Damasco, en la comunidad de Antioquía y en la revelación de Jesucristo (Gál 1,11-12-15). Pablo acepta en líneas generales las reflexiones de la comunidad de Antioquía (1 Tes 1:9-10; Rom 1,1-4; 1 Cor 1,3-5).

Admite igualmente el mensaje escatológico de la comunidad primitiva, la inminencia del fin del mundo y Jesús como juez de vivos y muertos. Es motivo de salvación o condenación la postura ante Cristo.

Pablo desarrolla la teología de la preexistencia de los helenistas: Jesús es de naturaleza divina (1 Cor 2,8; Flp 2,6-9; Gál 4,4-6). También desarrolla una

teología de la cruz. Se trata de un plan divino y misterioso, cuyo significado solo es adquirido por los que han llegado al verdadero conocimiento. Jesús, el Mesías, hijo de Dios viviente, murió por nuestros pecados. Esta teología de la cruz conlleva una concepción del pecado original, de culpa primitiva, concepto prácticamente olvidado en la teología de la época. La muerte de Jesús en la cruz libera de ese pecado, lo que significa, en opinión de Antonio Piñero, un giro radical respecto al mensaje de Jesús y arrancarle de su contexto social e histórico. El sacrificio de la cruz es un suceso atemporal, no debido a los hombres sino a los demonios. A Pablo no le interesan los hechos particulares de Jesús, salvo unos pocos, sino lo que Dios realizó por él, la redención universal. Aunque conocía bien la tradición sobre los dichos de Jesús, consideraba superficial una mera lectura de su vida, o sea la de los seguidores de Santiago, de Pedro y de otros de la comunidad de Jerusalén. Para Pablo los hechos capitales de la vida de Jesús son la muerte y la resurrección.

En la teología de Pablo es punto fundamental la ineficacia de la ley, lo que indica un giro radical con el mensaje de Jesús. Pablo proclamó no el Reino de Dios, como hizo Jesús, sino a Jesús como Mesías y salvador de la humanidad. La aceptación de este mensaje motiva una nueva criatura. El Reino de Dios será ahora espiritual, que comienza en el presente. La crucifixión de Jesús es el verdadero cambio de la historia. La salvación llega graciosamente de Dios, por la fe en Jesús. Los motivos de la teología de Pablo ya se encuentran en los helenistas. Las ideas de Pablo han configurado el cristianismo hasta la actualidad». [Blázquez, en Alvar, 1995: 40 ss.]

PERVIVENCIA DE LOS JUDEOCRISTIANOS

«Pregunta: ¿La guerra del año 70 entre Roma e Israel menguó tanto la comunidad judeocristiana de Jerusalén como para que los seguidores de Pablo, que ya había sido martirizado, tuvieran el camino expedito para imponer su teología?

[Antonio Piñero](#) responde:

Creemos que ocurrió así por los escasos restos que dejaron esas comunidades judeocristianas: seis u ocho evangelios, como le digo. Interpretamos que el pasaje de Eusebio de Cesarea, en su obra *Historia de la Iglesia*, compuesta al principio del siglo IV, de que el Espíritu Santo inspiró a los judeocristianos de Jerusalén para que salieran más allá del Jordán, ante la inminencia de la gran escabechina que se produjo cuando la primera Gran Revuelta contra Roma (que concluyó con la derrota de los judíos y el aniquilamiento de Jerusalén y del Templo), pudo tener parte de verdad. Pero debieron de salir unos pocos: la inmensa mayoría de los que se quedaron pereció en Jerusalén a manos de los romanos, porque de lo contrario habrían dejado muchos más escritos. También alguno puede decir que ya se encargó la Iglesia primitiva de quemar aquellos evangelios apócrifos que más le molestaban, pero es que los restos que han dejado son mínimos».

«Pregunta: ¿No habría tenido suficiente autoridad para desprestigiar la interpretación paulina un solo superviviente de Jerusalén, u otra comunidad evangelizada por esta corriente?»

[Antonio Piñero](#) responde:

Se luchó mucho, como indican las cartas a los Filipenses, Gálatas y a los Romanos de Pablo de Tarso, pero piense que después del año 70 tanto Jesús como los discípulos que habían tenido contacto directo con él ya habían muerto. Y fue entonces cuando se componen los cuatro evangelios luego canónicos: ¿quién puede protestar entonces que tal texto está exagerando o tal interpretación es errónea? Y, como la teología paulina es la más cómoda y potente, nadie podía poner freno a su triunfo. ¿Qué atractivo y porvenir podía tener un cristianismo que destacara los rasgos judíos de Jesús después de la guerra del 70, en la que Jerusalén quedó destruida, y sobre todo después de la del 135, cuando Adriano volvió a arrasarla e impuso la pena de muerte a cualquier judío que paseara por la comarca? No era positivo un cristianismo muy judío en esos momentos».

RELACIÓN ENTRE PEDRO, SANTIAGO Y PABLO

«Pregunta: ¿Qué se sabe de la relación entre Pedro y Pablo?»

[Antonio Piñero](#) responde:

Algo. Pero nos la tenemos que imaginar bastante. Creemos que la relación entre Pedro y Pablo fue mejor que entre Santiago y Pablo. En los *Hechos de los Apóstoles*, Pedro aparece nada menos que como el que decide organizar la misión para convertir a los paganos, y Pablo va detrás de él como un corderito. De ahí podemos deducir que el autor del texto y de uno de los evangelios, a quien llamamos Lucas, le quería presentar como un hombre no tan recalcitrante como algunos exesenios y exfariseos de Jerusalén, convertidos al judeocristianismo que exigían que para salvarse había que convertirse a su vez al judaísmo.

Yo creo que Pedro andaba en una posición intermedia entre la posición muy judaizante de Santiago, el "hermano del Señor" y la helenizada de Pablo de Tarso, permitiendo que los judíos que creyeran en Jesús siguieran practicando el judaísmo y los paganos que lo hicieran se salvaran también. Sin embargo, en el segundo capítulo de la epístola a los Gálatas se ve que Pedro y Pablo se enfadan, porque éste le achaca que antes comía con los gentiles y ahora que han llegado algunos discípulos de Jerusalén se comporta como un judío estricto que no quiere saber nada de los paganos.

Ahora bien, reconstruir la figura de Pedro es muy difícil porque por lo menos la primera epístola que se le atribuye en el Nuevo Testamento tiene mucho de teología paulina. Y la segunda tampoco fue escrita por él. La reconstrucción del pensamiento de Pedro hay que hacerlo a partir de los *Hechos de los apóstoles* y de los Evangelios. Lo que intuimos de él se basa también en las Homilías Pseudoclementinas.

Pablo y Santiago, en cambio, debieron de mantener las distancias, aunque con respeto mutuo. Pablo aparece en sus cartas reuniendo dinero para los cristianos de Jerusalén, dirigidos por Santiago, que habían vendido sus posesiones porque esperaban el fin del mundo inminente y estaban literalmente "muertos de hambre", como dicen al principio los *Hechos de los Apóstoles*. Pablo se los quiso ganar así, aunque no lo consiguió; los judíos, con los romanos, lo detuvieron allí mismo, en Jerusalén, y probablemente fueran los propios cristianos de Jerusalén los que permitieron que los judíos le llevaran al procurador romano y Pablo acabara degollado en Roma».

DESTRUCCIÓN DE LA MAYORÍA DE LAS COMUNIDADES JUDEOCRISTIANAS (66-135)

«Cuando se compone el primer escrito del futuro Nuevo Testamento, 1 Tes, en el 51 e.c., había aún dos grandes grupos dentro de los seguidores de Jesús: los que se dedicaban a su proclamación entre los judíos, circuncisos, y quienes, como Pablo, lo proclamaban a los paganos, los incircuncisos. Pero, poco después de la muerte del Apóstol, estalló una revolución judía contra el poder de Roma (66-70), largamente preparada, que habría de incidir muy directamente en el futuro de las comunidades judeocristianas de Jerusalén, Galilea y, suponemos, Samaría, y con ello en la formación de los libros del Nuevo Testamento.

La gran derrota ante Roma y la aniquilación de Jerusalén y su santuario (70 e.c.) supusieron un antes y un después para judíos, judeocristianos y paganocristianos. La ausencia del Templo cambió radicalmente la perspectiva de la vida judía en Israel, la cual, tras asumir dolorosamente los hechos, se orientó poco a poco hacia una vida espiritual sin el santuario, más dedicada a la oración y al estudio y cumplimiento de la Ley. Los sacrificios externos fueron sustituidos por una piedad de la misericordia dentro del grupo.

Otras comunidades cristianas existentes desde finales del siglo I hasta mediados del II, como los milenaristas y los descontentos con el Antiguo Testamento y su teología, como los marcionitas, y otros que se esconden tras algunos de los escritos descubiertos en Nag Hammadi (como Origen del mundo, Apócrifo de Juan, Hipóstasis de los arcontes, el Segundo tratado del gran Set), así como diversos grupúsculos gnósticos que comienzan a florecer dentro del ámbito de la cristiandad pospaulina, caso de los valentinianos, visibles desde el 140, más otros que promovían la participación activa de las mujeres dentro de la Iglesia, o los encratitas, contrarios al sexo y al matrimonio, y algunos más, eran comunidades demasiado pequeñas como para hacer frente a los grupos paulinos, en especial porque estos comenzaron a organizarse mejor para una vida estable en este mundo ante el incumplimiento de las expectativas escatológicas.» [Piñero, 2022: 38 ss]

CRÍTICA A LAS IDEAS SOBRE PABLO DE LA ESCUELA DE LA HISTORIA DE LAS RELIGIONES

«Los adversarios de la Escuela comparatista de las religiones, bien protestantes o católicos, han atacado estos supuestos (L) con una batería de contraargumentos.

Noción de un Hijo de Dios que padece, muere y resucita

Se argumenta que

- En la religiosidad del helenismo no existían en realidad divinidades, más en concreto "hijos de Dios", que mueren y resuciten de verdad, y menos con un efecto salvífico para sus adoradores.
- Tampoco consta en la religiosidad de los cultos de misterios que el iniciado se transforme en "hijo" de la divinidad y que con ello reciba la salvación. Casi todo lo que sabemos de los cultos de misterios procede del siglo II d.C. en adelante, no estando excluido, por tanto, que todo haya sucedido justamente al revés: que las concepciones místicas hayan sido influenciadas por similares ideas cristianas, o bien que se haya interpretado la religiosidad de los misterios gracias a analogías cristianas anteriores.
- Finalmente, la pretendida similitud del cristianismo con los cultos de los misterios se basa en una mera semejanza de vocabulario. El uso de palabras similares no significa, sin embargo, que se hayan adoptado por el cristianismo las concepciones de fondo que esos vocablos implican. Se utilizaron las palabras, pero se le dio otro contenido». [[Antonio Piñero](#)]

El mito gnóstico del "envío de un hijo de Dios al mundo como salvador"

«Se argumenta que tal mito no existió nunca antes del cristianismo. La cronología de las fuentes gnósticas es toda ella tardía; es un acto arbitrario pretender reconstruir un gnosticismo precristiano a partir de estas fuentes para luego probar, a base de este mito gnóstico reconstruido, que el cristianismo se ha inspirado en él, o sencillamente que lo ha copiado. Fuera del gnosticismo postcristiano el mundo antiguo no conoce el envío de un hijo de Dios al mundo con fines salvadores». [[Antonio Piñero](#)]

DEFENSORES DE LOS PRECEDENTES JUDÍOS DE LA CREACIÓN Y PRIMERA EVOLUCIÓN DE LA CRISTOLOGÍA CRISTIANA

«El texto de Qumrán denominado 11QMelquisedec. En él aparece con una cierta claridad que los judíos del siglo I a.C. pensaban que el mesías podía ser de algún modo divino.

El caso de Melquisedec es un precedente claro de una concepción cristiana, el mesías como enviado celeste y de naturaleza semidivina. No hay necesidad de recurrir al influjo de concepciones de la religiosidad griega helenística. El judaísmo estaba maduro teológicamente como para explicar que entre los judeocristianos pudiera darse el paso de proclamar divino a Jesús, una vez que habían definido teológicamente su mesianismo. No es necesario recurrir al influjo externo de la religiosidad pagana, por ejemplo al influjo de las religiones o cultos de "misterio".

El caso de Martin Hengel (1997:9) es paradigmático. Su idea central: "No era necesario para el cristianismo copiar ideas de la religiosidad pagana: las tenía todas en el judaísmo. Sólo era necesario sacar algunas consecuencias".

Nos parece que en el fondo late en este investigador, y en otros, el deseo apologético de ver en los posibles paralelos judíos la vía que lleva a las concepciones cristianas sobre Jesús sin necesidad de recurrir a influjo alguno de la "misteriosofía" general del helenismo, es decir, sin acudir al influjo general que ha tenido sobre el cristianismo paulino el espíritu de la religiosidad pagana en su ansia de salvación e inmortalidad, y en general también el mismo que animaba a los cultos de misterio.

Primero reconoce Hengel que el nacimiento del cristianismo plantea grandes problemas de explicación dentro de la Historia de las religiones:

"La discrepancia entre la muerte denigrante de Jesús como reo judío convicto de un delito contra el Estado y la confesión de fe paulina (de Flp 2,6-8) que describe a ese ejecutado como una figura divina preexistente, que se hace hombre y se humilla hasta la muerte en cruz, esa discrepancia –sin analogía en el mundo antiguo a mi entender– pone de relieve el enigma del nacimiento de la cristología cristiana primitiva".

Después afirma que para los conceptos cristológicos claves –"hijo de Dios" y los modelos mentales con él unidos como la preexistencia, mediación en la obra creativa y envío al mundo– se hallan en el judaísmo suficientes antecedentes que explican por qué nacen en la teología cristiana.

El nacimiento y evolución de la cristología primitiva a partir del judaísmo sólo es explicada así por Hengel (1997:90-130):

Para el concepto de mesías: Jesús se declaró a sí mismo mesías en vida. Respecto a la noción de un mesías que sufre y muere ese tema puede rastrearse en la Biblia (Isaías 53) o en la literatura judía helenística. Lo mismo ocurre con el concepto de resurrección del justo.

Jesús se declaró también a sí mismo en vida "hijo del hombre" como figura mesiánica. El cristianismo primitivo sólo tuvo que desarrollar conceptos judíos en torno al título "hijo del hombre" tomándolos del Libro de Daniel (7 y 11) y de la tradición que se refleja en 1 Henoc (Libro de las Parábolas) y en el libro judío apócrifo IV Esdras (7,28; 12,32). Esta teología no es un invento de los Evangelios Sinópticos.

La elección del título "hijo de Dios" para Jesús por la comunidad primitiva no es una copia de la religiosidad exterior (del helenismo), sino una creación espontánea de los seguidores de Jesús, ya que este título expresaba muy bien la especial relación de Jesús con Dios». [[Antonio Piñero](#)]

DEFINICIÓN DEL CONCEPTO DE PREEXISTENCIA RESPECTO A JESÚS SALVADOR

«La definición del concepto de preexistencia respecto a Jesús salvador (es decir, el salto desde una consideración del Nazareno como mesías meramente

humano a ser concebido como perteneciente por derecho a la esfera de lo divino), se suscitó en la cristología cristiana también por sí misma, por una necesidad interna. No era preciso copiar de fuera.

La mentalidad apocalíptica ayudó aquí: si Jesús era juez de vivos y muertos en los momentos finales, puesto que el final y el principio de los tiempos van juntos, ese juez debía ser una figura que debía existir también al principio de los tiempos. Por tanto tenía que preexistir, tener existencia antes de venir al mundo.

Una vez que fue admitido entre los cristianos el concepto de preexistencia aplicado a Jesús, la noción de “envío” adquirió por sí misma, también sin necesidad de recurrir a analogías externas, contornos más precisos.

De un modo análogo, la conciencia de la preexistencia de Jesús cabe el Padre permitió que en el culto litúrgico primitivo se le diera el título de “Señor”. Este título no hizo otra cosa que reflejar el status de Jesús que se estimaba divino, puesto que preexistía junto al Padre.

El paso de lo humano a lo divino en Jesús, como mesías redentor preexistente –sigue argumentando Hengel–, venía ya preparado en ciertos ambiente judíos, como, por ejemplo, en el de los círculos reflejados por la teología del ciclo de Henoc, o en el de algún apócrifo judío, o en la teología de los esenios de Qumrán, en los que hallamos textos que nos hablan de la difusión de conceptos mesiánicos amplios, que se imaginaban al mesías no sólo como rey y sacerdote, sino también como personaje descendido del mundo celeste superior (por ejemplo, Melquisedec).

En conclusión: para el desarrollo de la cristología cristiana no es preciso buscar en el impulso de analogías de fuera (del helenismo). Basta pensar en los gérmenes que se encontraban en el seno del judaísmo mismo, y que evolucionaron por una necesidad interior». [[Antonio Piñero](#)]

CRÍTICA A LA CRÍTICA: “EL HIJO DE DIOS” DE MARTIN HENGEL

«Crítica a las ideas de Martin Hengel: “No era necesario para el cristianismo copiar ideas de la religiosidad pagana: las tenía todas en el judaísmo. Sólo era necesario sacar algunas consecuencias”.

Primera crítica: reconocer que el furor comparatista a principios del siglo XX de los primeros adeptos de la Escuela de la historia de las religiones, con sus comparaciones forzadas y traídas a veces por los pelos, ha ayudado poco a una impostación correcta del problema de los orígenes de la cristología cristiana y se ha prestado al ataque fácil de los historiadores más conservadores dentro del cristianismo.

Segunda crítica: las más recientes investigaciones se inclinan a aceptar que existían en los cultos/religiones místicas, antes del advenimiento del cristianismo, de la figura global, aunque difusa para nosotros por la falta de testimonios más concretos, de una divinidad que muere y resucita y a la que se rinde culto precisamente en ese aspecto porque ella proporciona bienes importantes para los creyentes. Los fieles celebran los misterios, o las

festividades de estos dioses, porque gracias a ello les llega de algún modo la salvación y la inmortalidad.

Tercera crítica: destacar la inconsecuencia de admitir que el cristianismo utilizó, aunque con otro sentido, el vocabulario de las religiones de misterios para expresar sus concepciones en torno a la figura del salvador, Jesús, y de su misión. Ello implica reconocer que las religiones místicas estaban muy extendidas y ejercían una notable influencia antes del advenimiento del cristianismo, tanto como para crear un vocabulario amplio y concreto que invadió de modo genérico el terreno de la religiosidad y por tanto la del cristianismo también.

El que a mediados del s. II los Padres apologistas y, más tarde, Tertuliano afirmen que los demonios habían copiado del cristianismo los elementos de los cultos místicos (para confundir a los paganos y para que no se convirtieran al cristianismo) es una prueba más de la expansión e influencia por todo el Imperio romano de estos cultos en el siglo I.

Cuarta crítica: No es lícito afirmar que se puedan tomar prestados términos a una religión para dotarlos luego de un sentido radicalmente distinto en la propia. La utilización de un vocabulario prestado implica necesariamente la aceptación de que ciertas concepciones religiosas son comunes a las dos religiones. De lo contrario tal préstamo sería imposible y contraproducente. Por tanto, el cristianismo y las religiones de misterios mostraban concepciones comunes.

Quinta crítica: Una comparación global y aséptica del concepto de salvación/cristología de Pablo con las ideas fundamentales del Antiguo Testamento y del judaísmo helenístico impide aceptar la tesis subyacente a la argumentación de Martin Hengel. Es imposible reducir o derivar de la religiosidad veterotestamentaria el núcleo de la religión paulina. En la religión del Antiguo Testamento, o en el judaísmo helenístico son imposibles de documentar los puntos de vista radicalmente pesimistas de Pablo sobre la condición moral humana antes del advenimiento de Jesús, y mucho menos pueden aducirse textos para probar el descenso y envío de un hijo físico de Dios, la muerte vicaria de éste y la expiación universal de todos los pecados por el sacrificio del redentor, junto con sus consecuencias de inmortalidad para el creyente.

Por el contrario, puede afirmarse con notable seguridad que el paralelismo entre esta concepción paulina de la salvación y la de los cultos místicos es más que evidente. Puede hablarse de una misteriosofía genérica que extiende su influencia más allá del ámbito de los cultos particulares, siendo discernible en la literatura y aun en el lenguaje corriente.

Sexta crítica: No cabe duda de que las concepciones en torno a la Sabiduría divina personificada, a la Palabra de Dios hipostasiada (Logos), que sirve de intermediaria en el proceso de la creación, o las especulaciones en torno a la Ley casi como una figura humana que se halla a la vera de Dios desde, o antes, de la creación, ayudaron muchísimo a la generación de la teología judeocristiana, es decir a la aceptación, por parte de los primeros judíos

helenísticos pasados a la secta de los nazarenos, de ideas similares que se aplicaron a Cristo, a quien consideraron el colmo de la Sabiduría y suprema Ley.

Tales especulaciones sirvieron de ayuda para conformar y expresar cuál era el pensamiento de esos judeocristianos sobre la esencia y la misión de Jesús. Utilizaron un utillaje intelectual ya formado en el judaísmo helenístico. No propio, sino conformado sin duda gracias a un impulso claro del platonismo medio popularizado.

Buscar en el judaísmo que un ser humano sea considerado "físicamente" ("ónticamente") igual a Dios resulta inútil. Hay aquí un paso que los judíos nunca dieron ni pudieron dar porque sus nociones más íntimas se lo impedían. Para darlo, hay que venir de otras "regiones" mentales que no sean el judaísmo.

Séptima crítica: sobre el uso de títulos cristológicos. Lo mismo cabe decir respecto a la insistencia de M. Hengel en recalcar la importancia que tienen ciertos textos mesiánicos de Qumrán para explicar el uso dentro de la comunidad primitiva cristiana de títulos cristológicos y nuevas concepciones mesiánicas que incluyen la divinidad de Jesús». [[Antonio Piñero](#)]

CRÍTICA A LA CRÍTICA: LA REPENTINA APARICIÓN DE "HIJO DEL HOMBRE" COMO UN TÍTULO

«El título de "Señor", en uso absoluto y simple, que Pablo emplea tantas veces, ha aparecido en Qumrán utilizado respecto a Dios. Siendo esto así, es también cierto que no puede ya mantenerse que este título simple proceda absolutamente del mundo helenístico. Sólo la comunidad cristiana helenística, no el judeocristianismo de la comunidad de Jerusalén, fue la que divinizó a Jesús. Es posible, por tanto, que el proceso de divinización de Jesús se incoara de algún modo en el judeocristianismo, una "divinización" sui generis, porque no podía traspasar ciertos límites impuestos por su religión judía.

Respecto a la expresión "hijo de hombre" (genérica, sin artículo, con la significación de "hombre", "ser humano" (Jn 12,34; Heb 2,6; Ap 1,13; 14,:14) debe afirmarse también su presencia en Qumrán (1QapGn 21,13; 11Qtg Job 26,2-3). Pero Julio Treballe (1993: 246) hace la siguiente precisión: "No se encuentra, sin embargo, ningún ejemplo de uso de tal expresión en forma de título (mesiánico; con artículo: "el hijo del hombre"), como es el caso del Nuevo Testamento; así pues, el uso neotestamentario sigue teniendo un carácter original y único".

Puede decirse con cierta seguridad que la expresión "el Hijo del Hombre" como título mesiánico absolutamente claro, sin ambigüedades, aparece por primera vez en la historia de las ideas religiosas en la teología de los evangelios sinópticos.

Si esto fuere así, nos encontraríamos ante un hecho singular, es decir, la repentina aparición de "hijo del hombre" como título mesiánico claro y nítido en ocasiones, en los evangelios de Marcos, Mateo y Lucas y, al cabo de poco

tiempo, lo hallaríamos también en dos textos judíos igualmente de finales del siglo I d.C.

Es conveniente reflexionar sobre esta aparición del título de "Hijo de hombre" como mesiánico tanto en el cristianismo del siglo I de nuestra era como en el judaísmo». [[Antonio Piñero](#)]

TEOLOGÍA JUDÍA DEL HIJO DEL HOMBRE EN EL SIGLO I D.C. COMO RÉPLICA A LA DE LOS CRISTIANOS

«La expresión "el Hijo del Hombre" como título mesiánico aparece por primera vez en la historia de las ideas religiosas en la teología de los evangelios sinópticos. Apunto la posibilidad a modo de hipótesis explicativa que ese mismo título "Hijo del Hombre",

Se halla en el libro de las parábolas de Henoc (1 Henoc 37-71). Y el título similar del Libro IV de Esdras el "hombre [hijo de hombre] que procede del mar": IV Esd 13 (del año 100 d.C.). Más la noción de la muerte del mesías después del final del reino mesiánico en la tierra que aparece con toda claridad en el IV Esdras 7:29. Más el concepto de Henoc-Metatrón, una suerte de mesías humano-celeste desarrollado por el judaísmo del siglo II, que está al lado de Dios en el cielo.

Repito que el título "Hijo del Hombre", junto con todas estas figuras mesiánicas, no son otra cosa que una respuesta, una verdadera réplica teológica por parte del judaísmo postcristiano a la teología de los Evangelios Sinópticos que proclamaba que el título "Hijo del Hombre" fue utilizado por Jesús mismo para autodeclararse mesías, pero no en un sentido usual al del judaísmo del momento, sino en uno especial, que incluía su muerte, su resurrección y su vuelta a la tierra para cumplir definitivamente su misión. Algo así como si la parte del "judaísmo normativo" hubiera respondido teológicamente a la audacia teológica de una secta judía marginal, que es lo que el cristianismo era en esos momentos.

En mi opinión, la adopción de la fórmula "el Hijo del hombre" como título mesiánico es una creación de la teología de la comunidad cristiana helenística, que luego se plasma en el Evangelios canónicos, incluso en el de Juan, quien no tiene más remedio que acoger tal expresión, aunque la use muy poco.

Se trata, creo, de una construcción intelectual y exegética sobre una fórmula aramea (bar nash[a]) mal traducida al griego lo que propició una mala intelección de ella. La frase aramea "hijo de hombre" (sin artículo) es traducida al griego con la añadidura de dos artículos: "el Hijo del hombre", lo que le hace perder su aspecto genérico de "ser humano" y le da un tono singular, apto para convertirse en título mesiánico.

Pero es importante recalcar que ello no significa, ni mucho menos, que tal título mesiánico fuera una arbitraria creación teológica cristiana a partir de la nada. Más bien la entiendo como una evolución sustentada, ciertamente, en la base de que el Jesús histórico utilizó la expresión "hijo de hombre", para referirse a sí mismo como "este ser humano que está aquí".

Deseo insistir expresamente en esta idea: la cristología del Nuevo Testamento no se inventa a partir de la nada, sino siempre con una base, apoyándose en dichos o hechos del Jesús histórico que se interpretan con otra luz a partir de la firme creencia en la resurrección y en que con ese evento Dios ha constituido a Jesús Señor y Mesías (en concreto en los Evangelios canónicos a la luz de un transfondo de pensamiento paulino).

“Señor”, por ejemplo, entendido primero como una manera de dirigirse respetuosamente a un hombre situado en una categoría superior, pasa luego, utilizándolo en sentido absoluto, a tener connotaciones divinas: se equipara a Jesús con la divinidad gracias a la creación simultánea de la teología de la preexistencia.

Pero, a la vez, siempre debe quedar claro que estos títulos reinterpretados así suponen, en mi opinión, un salto teológico, es decir el paso de la figura de un Jesús como ser humano, un “hijo de hombre”, a un personaje divino de algún modo, “el Hijo del Hombre”». [[Antonio Piñero](#)]

CONCEPCIONES JUDÍAS DE UN “SUPERMESÍAS” EN TORNO A LA ERA CRISTIANA

«El Libro de las parábolas de Henoc hace de este reputado personaje, el misterioso profeta Henoc, tras su ascensión al cielo (71:14), un “Hijo del hombre”, una suerte de “mesías” judío sui generis, muy especial con rasgos personalizados, un ser como asumido o asimilado a una entidad ya preexistente. En el Libro IV de Esdras este mesías será el “Hombre del mar” que viene (desde al ámbito divino) rodeado de nubes del cielo (13:3), dispuesto para la batalla escatológica.

Los textos de Qumrán (4Q246 y 11QMelq), los que hablan de Henoc trasladado al cielo (1 Henoc), y de “Metatrón” (Libro 3º de Henoc) también situado junto a Dios, así como una enigmática figura angélica de la Plegaria de José que se encarna en Jacob para actuar como de mesías, pueden suponer un paso adelante en nuestra comprensión de las creencias religiosas mesiánicas o semimesiánicas de ciertos círculos piadosos judíos emparentados con la mentalidad de los judeocristianos.

Tales pasajes, aunque escasos y aislados, nos indican ya cómo la concepción de un libertador escatológico, una suerte de supermesías (o coadyuvante de él) celestial podría no ser totalmente ajena y extraña al judaísmo de la época cristiana.

Estos pasajes (los de Qumrán y aquellos de los que he afirmado que son una reacción anticristiana: 1 Henoc; IV Esdras; 2 Baruc; 3º Henoc) pueden suponer en el judaísmo piadoso, apocalíptico y sectario un cierto ambiente favorable a la ampliación del concepto “mesías” desde lo terreno hacia lo divino, como antes dijimos. El cristianismo, emparentado con estos círculos, seguirá plenamente esta vía incipiente.

Con otras palabras: también para ciertos círculos judíos el mesías deja de ser simplemente humano; está de algún modo relacionado intensamente con lo

divino. La aceptación por parte de los cristianos de esta línea de pensamiento les ayudó a que pudieran dar, sin un trauma psicológico insuperable, el salto teológico antes mencionado.

Dentro del judaísmo los precedentes son simplemente eso: pasos en una dirección, pero sin dar el salto definitivo a la divinización del mesías. Todas esas figuras son suprahumanas, quizás angélicas, pero no son divinas. Por tanto, no valen como término de estricta comparación con el Jesús histórico, meramente hombre que luego es divinizado tras su muerte». [[Antonio Piñero](#)]

Más precisiones sobre la figura de Henoc/Metrón

«La importancia de la figura de Henoc/Metrón, transformado en un ángel, quizá como respuesta a la teología cristiana sobre Jesús, es grande. En ciertos círculos cristianos, en los principios de la cristología, la fe situaba a Jesús junto a los ángeles, al lado de Dios Padre. Entre los creyentes sencillos pudo darse una suerte de cristología "angélica" que hacía de Jesús resucitado un ser a nivel de esos espíritus (aún no Dios plenamente).

Ocurre, pues, que el judaísmo posterior al cristianismo tiene necesidad de explicar cómo Dios se comunica con los seres humanos y lo hace por medio de un "segundo poder en el cielo", dependiente de Dios, pero tan exaltado por la divinidad que casi lo coloca a su altura, tanto que hasta los ángeles protestan. Esta vía de exaltación de un ser humano fue mucho antes transitada por los cristianos». [[Antonio Piñero](#)]

Diferencias entre un Jesús divinizado y la figura judía de Henoc-Metrón, una especie de ser humano convertido en ángel

«Tema: Cómo el judaísmo en torno a la era cristiana, bien por impulso propio, bien por reacción contra los cristianos consideran que el mesías está tan ayudado por Dios, de alguna manera es un colaborador tan estrecho de la divinidad, que puede decirse que es "de algún modo celestial". Pero hay una barrera en las características humanas del mesías que los judíos no traspasan (el mesías sigue siendo humano), y que los cristianos sí: el mesías acaba convertido por la teología cristiana en Dios.

El mesías cristiano es además no sólo "celeste", sino hijo físico, óptico, real, de Dios. Aquí radica la diferencia esencial e insalvable con el judaísmo.

Los escasos "precedentes" judíos se quedan en el ámbito de la analogía y no valen para aclarar totalmente el salto teológico que supone el paso de un "hijo de hombre" puramente humano, de un "mesías" terrenal como debió de ser el Jesús de la historia, a un "hijo de Dios" óptico o real, y la novedosa noción dentro del judaísmo de "un mesías humano y celeste a la vez", que es lo que se piensa de Jesús.

Por ello, para la historia de las ideas cristianas, la cuestión del origen y nuevo significado de los títulos cristológicos (mesías divino; hijo de Dios en pleno sentido; Hijo del Hombre juez universal y escatológico, por tanto con funciones divinas) no se resuelve satisfactoriamente señalando tan sólo ciertos paralelos seminales o verbales en el Antiguo Testamento o en Qumrán

(por otra parte bien escasos dentro de la pléyade de textos mesiánicos o semimesiánicos judíos).

El profundo cambio de contenido teológico de los títulos cristológicos cristianos pudo verse ayudado por el ensanchamiento de conceptos judíos, pero exige otra explicación en cuanto al origen de tal cambio. Los paralelos con Qumrán no bastan, porque se quedan cortos, porque la idea de la filiación física divina de Jesús impregna todos los títulos cristológicos y les otorga un contenido distinto y muy profundo.

En mi opinión, y en la de otros, este paso sólo se da en el cristianismo paulino –no en el de Jerusalén, los primeros seguidores de Jesús–, y el impulso primero lo dio Pablo de Tarso, el judío profundamente helenizado, en cuyo pensamiento desde pequeño, en su ciudad de nacimiento, Tarso de Cilicia, se daba la existencia simultánea de la cultura judía –representada por la comunidad hebrea de la ciudad– y una potente religiosidad pagana, muy orientada hacia los cultos de salvación. En mi opinión, Pablo asimila desde joven, consciente o semiconscientemente, estos dos ámbitos religiosos. Esta asimilación se traducirá –en una crisis dentro de su judaísmo– en un encuentro visionario con el Jesús resucitado, de donde le vendrá su interpretación peculiar de ese mismo Jesús, interpretación que él transmitirá luego a sus comunidades de conversos». [[Antonio Piñero](#)]

DIFERENCIA CRUCIAL ENTRE EL JUDAÍSMO Y EL CRISTIANISMO

«Tema: Lo que estamos discutiendo en esta problemática acerca de los títulos "cristológicos", los que afectan a la comprensión de Jesús como Dios (mesías; hijo de Dios; Hijo del Hombre) es la constatación de una diferencia específica –inconciliable– entre el judaísmo y el cristianismo, en especial el paulino, que es el ámbito en el que se desarrollan plenamente esos títulos que apuntan a la divinidad de Jesús (no así en el judeocristianismo).

Después de todo lo dicho, damos por supuesta la diferencia: el cristianismo paulino diviniza a Jesús, mientras que el judaísmo (y el judeocristianismo) no lo hace ni toleraría hacerlo.

Desde el punto de vista de la historia de las religiones, lo que hace a una religión, en concreto la cristiana, específicamente diferente de la religión madre, en este caso la judía, no puede proceder del mismo seno materno, y ni siquiera de una derivación sectaria de este seno.

Hay que buscar en otro lado. Y en la historia de las ideas religiosas para un proceso de divinización como el que ocurre con Jesús "en las manos" de la teología paulina, tenemos múltiples ejemplos y analogías en el mundo grecorromano anterior y contemporáneo al cristianismo, no en el mundo judío.

Por ello sostenemos que la teología desarrollada en los Manuscritos del Mar Muerto (Qumrán), o en el judaísmo helenístico (últimos estratos del Antiguo Testamento y Apócrifos de este corpus) no son un precedente absoluto para estas ideas propiamente cristianas.

Sí es interesante percibir, sin embargo, que el terreno teológico podía irse preparando y que las nuevas ideas cristianas al respecto –que se cristalizarán a partir del pensamiento de Pablo– podían no caer en un ámbito que las considerara una locura totalmente rechazable». [[Antonio Piñero](#)]

EBIONITAS Y NAZARENOS

Ebionismo o ebionaioi (griego: Ἐβιωναῖοι; derivado del hebreo אביונים ebion, que significa 'el pobre' o 'los pobres'), es un término patrístico que hace referencia a una o varias sectas judeocristianas que existieron durante el cristianismo primitivo.

Serían, por lo que sabemos, los descendientes directos de la iglesia judía de Jerusalén, que huyeron de la ciudad para refugiarse en Pella (al oriente del Jordán) recordando las profecías de Jesús cuando Tito, el futuro emperador romano, cercó la ciudad en el año 70.

Los ebionitas veían a Jesús como el Mesías pero manteniendo una cristología "baja", es decir, afirmaban que Jesús era el Mesías pero rechazaban su preexistencia, esto es, que tuviera naturaleza divina y que su nacimiento hubiera sido virginal e insistían en la necesidad de seguir los ritos y leyes judías cumpliendo preceptos como la circuncisión, el sábado o las prohibiciones alimenticias. Los ebionistas solo utilizaban uno de los evangelios según los hebreos, reverenciaban a Santiago y rechazaban a Pablo de Tarso como un apóstata de la ley. Su nombre sugiere que otorgaban un especial valor a la pobreza voluntaria. Las últimas comunidades ebionitas podrían haber desaparecido alrededor del siglo V.

Los ebionitas se deben distinguir, tal y como Ireneo de Lyon deja claro ya en el siglo II, de los nazarenos, judíos creyentes en Jesús como Mesías, y descendientes de la primitiva iglesia judía de Jerusalén, que sí creían en la divinidad de Jesús y además celebraban el sábado como día de reposo del Señor.

Lo poco que se conoce de los ebionitas viene de referencias críticas por influencias de antiguos teólogos y escritores de la iglesia cristiana, quienes los consideraban "heréticos" y "judaizantes". Sin embargo, de acuerdo con las investigaciones actuales, los ebionitas existieron como una comunidad distinta de la cristiandad temprana, antes y después de la destrucción de Jerusalén en el año 70 de nuestra era, pero fueron marginados y perseguidos por cristianos gentiles a pesar de la posibilidad de que hayan sido tan fieles a las enseñanzas de Jesús como el mismo Pablo de Tarso.

En el año 140 de nuestra era, Justino Mártir describe una secta alejada de la iglesia que observa la Ley de Moisés, y que la sostienen como obligación universal. En el 180 d. C., Ireneo de Lyon fue el primero en usar el término "ebionitas" para describir una secta herética y judaizante, que calificaba como tercamente aferrada a la ley: "[Los ebionitas] utilizan únicamente el evangelio que es según San Mateo y rechazan al apóstol Pablo, llamándole apóstata de la Ley. Pues los ebionitas, sirviéndose solamente del evangelio que es según

San Mateo, se dejan persuadir por él y no piensan rectamente del Señor". Así pues, los Ebionitas a diferencia de los judeocristianos Nazarenos no creían en la Divinidad de Jesús.

En el 212 d. C., Orígenes refiere que el nombre deriva de la palabra hebrea "evyon", que significa pobre. El más completo pero a la vez cuestionable relato viene de Epifanio de Salamis, quien escribió un tratado de herética en el s. IV, denunciando 80 sectas heréticas, entre las cuales se encontraba el ebionismo.

Los Padres de la Iglesia distinguieron a los ebionitas de los carpocracianos, cerintos, elcesaites, nasoraneos, nazarenos, nazoraneos y sampsaenos, muchos de los cuales eran las primeras sectas de judíos discípulos de Jesús que sostenían su gnosticismo tradicional que los ebionitas rechazaban.

«El término nazareno fue utilizado al principio para designar los cristianos (Hch 24,5), podía esto prestarse a un equívoco, sobre todo en Siria, con la gente de cierta región geográfica o bien con un grupo existente antes de Cristo. Por eso fue reemplazado por la forma griega *kristianoí* (que aparece en los Hechos de los Apóstoles como originada en Antioquia de Siria; Hch 11,26), y por su correspondiente aramea *mešîhâyê*, denominación de los Cristianos del Este que viene de la misma raíz. Hoy día, algunos autores prefieren el término judeo-nazareno, para dejar bien en clara la procedencia judía de dicho movimiento, y para evitar el equívoco causado por el término ebionita, al que algunos escritores eclesiásticos confundieron como patronímico o utilizaron para designar unos grupos gnósticos.

Es sabido que la primera comunidad cristiana (de origen judío), abandonó Jerusalén en los años 68-69, después del asesinato de Santiago obispo de Jerusalén, y obedeciendo a la palabra de Cristo, quien les había exhortado a "huir a las montañas cuando vieran la ciudad rodeada por ejércitos", ya que se aproximaba la toma de Jerusalén por los romanos. Los testimonios extrabíblicos sostienen que huyeron a Pella (en Transjordania) o más lejos. Muchos tienen que haber regresado después. Pero otros no, extendiéndose en cambio por Transjordania y Siria, ya desde finales del siglo I». [Padre Carlos Bordallo]

Existen numerosos testimonios sobre los Ebionitas y los Nazarenos hasta bien entrado el siglo VI d. C. Respecto a qué fue de ellos, esta cuestión es un misterio, aunque se supone que desaparecieron con las invasiones islámicas del siglo VIII d. C.

El Evangelio de los Ebionitas

Era un evangelio compuesto en griego, de una secta judeocristiana. Está próximamente emparentado con el Mt canónico, aunque con divergencias esenciales. Es un documento que presupone los sinópticos. Sus variaciones respecto a la tradición sinóptica son en parte literarias y en parte dogmáticas. Se explica la supresión de Mt 1-2 porque los ebionitas negaban el nacimiento virginal de Jesús. Según su propia cristología, la filiación divina de Jesús no radica en su generación divina ni en su nacimiento milagroso, sino en la unión

del Espíritu Santo con él en el bautismo. La unión del ser celeste con el hombre Jesús lo hace Hijo de Dios, Mesías. Esta cristología adopcionista, la oposición al culto y el vegetarianismo, diferencian al judeocristianismo de los ebionitas del de los nazarenos.

El Evangelio de los Nazarenos

De este evangelio, escrito en caracteres hebreos pero en arameo neotestamentario, nos han llegado numerosas citas en escritos de los Padres. Según San Jerónimo lo utilizaban los judeocristianos sirios descendientes de la Iglesia de Jerusalén que huyeron tras la destrucción de Tito, y mostraba un estrecho parentesco con el Mt canónico. Según Vielhauer muestra, respecto a Mt, un carácter secundario, tanto en las narraciones (con frecuente ampliación novelesca de la tradición) como en la materia de los discursos. Lo ve, más que como una ampliación independiente de la tradición aramea más antigua, como una retraducción ampliada de la materia del evangelio griego. Este evangelio es un documento que respira el espíritu del judaísmo con el que parece estar en constante debate. El círculo judeocristiano que lo usaba no parece ser peculiarmente herético. De hecho la iglesia gentil (Ireneo de Lion los cita en el S.II) consideraba a los "Nazarenos" como verdaderos creyentes, aunque ciertas prácticas de carácter judaico (celebración del Shabbat, fiestas judías, etc.) les llamaran más o menos la atención.

MAHOMA Y LOS JUDEOCRISTIANOS

Las palabras islam y salam derivan, efectivamente, de la misma raíz, pero no tienen una relación directa. Me explicaré: la raíz s-l-m en árabe, como la raíz sh-l-m en hebreo y en todas las lenguas semíticas, significa «estar sano», «estar en paz» y existe un vínculo semántico entre paz, salvación, salud, etc. Salam, en árabe, significa paz, salama significa salud, islam significa sumisión. La palabra islam deriva del verbo aslama, que significa «someterse» o «abandonarse a»; el islam consiste, por tanto, en el acto de abandonarse o de someterse, se sobrentiende a Dios, pero no significa «alcanzar un estado de paz», aunque alguien pueda añadir, por motivaciones espirituales, esta falsa etimología.

«La rama de los judeocristianos es importante para entender el Corán, como ha puesto de relieve el teólogo católico Hans Küng, pues como escribió A. Schlatter en 1926: "La Iglesia judía se extendió solamente en Palestina, al oeste del Jordán. En cambio, en las regiones orientales, en la Decápolis, en la Batanea, entre los nabateos, a orillas del desierto de Siria y hacia el interior de Arabia, siguieron existiendo comunidades cristianas con usos y costumbres judías, completamente desligadas de la restante cristiandad y sin comunicación con ella. Ninguno de los dirigentes de la Iglesia imperial vislumbró que a esta cristiandad por ellos despreciada habría de llegar el día en que sacudiría al mundo y demolería una buena parte de la Iglesia construida por ellos; el día llegó cuando Mahoma (570-632) recibió el patrimonio guardado por estos cristianos judíos, su conciencia de Dios, su escatología anunciadora del día del juicio, sus costumbres y su leyenda, así

fue cómo *el enviado de Dios* instauró un nuevo apostolado.” Hans Küng se pregunta, apoyado en los estudios de A. Schlatter, si Mahoma es un apóstol judeocristiano con vestiduras árabes.

Adolf von Harnack (1851-1930), el mejor conocedor del dogma e historiador del cristianismo primitivo, aseguró ya en 1877 que “el islam es una adaptación de la religión judía transformada ya antes por el judeocristianismo primitivo, y ello llevado a cabo en suelo árabe por un gran profeta. Gracias a la rigurosa acentuación de la unicidad de Dios y al rechazo del uso de las imágenes; en resumen, gracias a la simplicidad en que reapareció la religión espiritual, el islam era rotundamente superior a aquel cristianismo con su doctrina trinitaria, que solo sublimes sabios eran capaces de entender como monoteísmo, y su culto mágico con todos sus accesorios. Ante tan liberadora reducción del monoteísmo no pocos cristianos aceptaron al nuevo profeta, máxime cuando podían seguir venerando a Abraham, a Moisés y a Cristo”.

El gran historiador del dogma había detectado elementos judeocristianos en el islam, del judeocristianismo gnóstico, concretamente de la secta de los elhesaitas, que defendían un estricto monoteísmo y que rechazaban la doctrina eclesiástica de la hipóstasis y de la filiación divina.

Como escribió H.-J. Schoeps, también aducido por Hans Küng: “El judeocristianismo ha desaparecido en la Iglesia cristiana, pero se ha conservado en el islam, y cuando menos en algunos de sus impulsos más serios, llega hasta nuestros días”. Hans Küng, por su parte, afirma que “en el concepto que Mahoma tiene de Jesús vuelven a salir a la luz de la historia tradiciones judeocristianas reprimidas, menospreciadas y olvidadas en la Iglesia helenística. Mahoma recogió la historia de Jesús tal como circulaba entonces por Arabia y la interpretó a su modo. La cristología de Mahoma no debe andar muy lejos de la cristología de la Iglesia judeocristiana”. Hans Küng señala varios puntos de contacto con la cristología de estos judeocristianos, como los ebionitas que aceptaban el nacimiento virginal de Jesús pero no su preexistencia, exactamente como el Corán. Los tres primeros evangelistas no conocen la preexistencia de Jesús. Las expresiones de Lucas en los Hechos de los Apóstoles, que remontan a la vieja tradición que subordina a Jesús totalmente a Dios, con expresiones como “Siervo de Dios”, “Cristo de Dios”, “Elegido de Dios”, “Resucitado por Dios”, etc., podían ser aceptadas plenamente en la fe monoteísta judía o musulmana.

El Corán insiste en el título “siervo” referido a Jesús, que fue la forma cristológica de la cristiandad sirio-semita que Mahoma desarrolló. En el Nuevo Testamento no hay huellas claras de la doctrina de la trinidad, rechazada por Mahoma, que era docetista. Creían que Jesús solo había sufrido en apariencia, como los docetistas contra los que lucha Ignacio de Antioquía a comienzos del siglo II. [El docetismo era una doctrina que niega la realidad carnal del cuerpo de Cristo y viene de la voz griega dokéo, parecer, dókesis, apariencia; designa la creencia de los que no admiten que Jesucristo ha sido hombre verdadero, con cuerpo de carne y hueso, sería solo apariencia]». [Blázquez, en Alvar, 1995:88 ss.]

«El texto actual del Corán se remonta al 800, en Bagdad y no responde a lo que pudo existir en tiempos de Mahoma. El profeta coránico generó un texto "coránico" muy primitivo que se parecía mucho a un judaísmo apócrifo y sobre todo a un cristianismo apócrifo-herético-marginal, probablemente nestoriano el que existía en la Araba Felix durante el siglo VII. Ese cristianismo bebía de los Evangelios apócrifos y otras doctrinas marginales y del judaísmo.

El texto del Corán que ahora tenemos empezó a formarse unos 70 años después de la muerte de Mahoma, y el texto definitivo, el actual, es de entorno al 800 d.C. y tomó forma no en Arabia, La Meca, o en Medina, sino en Bagdad.

Ya desde finales del siglo II tanto el heresiarca Basílides como otros gnósticos y los Hechos Apócrifos de Juan, que defendieron que era imposible la encarnación, ya que lo mortal no puede unirse de ningún modo con lo mortal. Por tanto, que el cuerpo de Cristo era una mera apariencia, no real; que quien fue crucificado en la cruz fue Simón de Cirene u otro, o bien que Jesús no murió en la cruz, sino la apariencia de su cuerpo. El peso del gnóstico Basílides fue el que dio cuerpo a esa doctrina herética». [[Antonio Piñero](#)]

«Los procesos hacia el monoteísmo, como en el caso del judaísmo, el mazdeísmo y otras religiones, se articularon generalmente a partir de alguna figura divina más activa y más ligada a los acontecimientos terrenales. Históricamente, han sido las deidades "inferiores" de los panteones politeístas las que han devenido en Dioses de religiones monoteístas.

Un caso tal vez excepcional es el del Islam: Alá es uno y el mismo Dios que la deidad suprema del antiguo politeísmo de los pueblos semitas desde épocas arcaicas. No sería exagerado afirmar que tal vez se deba a ello, al menos en parte, la pureza del monoteísmo islámico, extremadamente más nítido que el del cristianismo o incluso el judaísmo. E incluso en este caso, debe mencionarse que la religiosidad de los antiguos semitas no respondía al arquetipo del Dios Ocioso, puesto que Alá fue objeto de culto desde la más remota antigüedad». [Juan Echánove: *Ecos del desierto. El origen histórico del monoteísmo*. Manila, 2008]

«Cristo se había presentado al pueblo de Israel no solamente como un profeta que sigue la línea de los profetas, sino siendo él mismo, en persona, una revelación de Dios. Ahora bien, el Islam va a amputar a Cristo justamente este carácter de persona divina y se va a limitar a ver en Cristo un profeta más, en la línea ininterrumpida de los profetas, el último de los cuales es para ellos Mahoma. El Alcorán como escrito jurídico y religioso es un texto revelado, pero el propio Dios está allende su propio Alcorán en una especie de lejanía. Es, innegablemente, desde este punto de vista, una regresión de lo que ha sido la marcha de Cristo y del Cristianismo.

De esta suerte se han constituido tres monoteísmos en la historia: el monoteísmo de Israel, el monoteísmo cristiano y el monoteísmo islámico. Respecto al monoteísmo de Israel, el monoteísmo cristiano no hace sino aceptarlo, evidentemente. El monoteísmo de Israel no acepta el punto de vista del Cristianismo. Y el monoteísmo del Islam, en lo que tiene de monoteísmo, tampoco tiene nada adverso al Cristianismo. ¿Cómo iba a tenerlo, si la primera

sistematización metafísica de la teología en la Europa medieval, se ha debido precisamente a los islámicos? Lo que sucede es que el monoteísmo del Islam, desde el punto de vista religioso, es una regresión. Desaparece la figura de un Dios incorporado a la historia para limitarse nuevamente a un Dios que simplemente ha hablado en la historia a los hombres, y cuyas últimas palabras están justamente en el Alcorán.

Ahora bien, ante estos tres monoteísmos, evidentemente no hay razón especulativa ninguna para optar. Es simplemente una opción de fe. Es el palpito de las vías reales y efectivas por las que el monoteísmo ha sido viable a lo largo de la historia». [Zubiri, Xavier: *El problema filosófico de la historia de las religiones*. Madrid: Alianza Editorial, 1993, p. 229-230]
